

La Ilustración Artística



AÑO XXXI

BARCELONA 24 DE JUNIO DE 1912

NÚM. 1.591

MADRID.—EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES. 1912



EL CAMINO DE LAS CRUCES, cuadro de Carlos Verger Fioretti,
premiado con primera medalla

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos a los señores suscriptores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el segundo tomo de los correspondientes a la serie de 1912. Es

LAS CREACIONES DE SHAKESPEARE

obra escrita en inglés por María Macleod y traducida al español por Enrique Massaguer.

Avaloran el libro numerosas ilustraciones del celebrado artista Gordon Browne.

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Entre el deber y el amor*, por la baronesa de Wilson. — *Roma. Juramento de los guardias suizos del Papa.* — *De aviación.* — *Aranjuez. SS. MM. en el Colegio de María Cristina.* — *Madrid. SS. MM. en el Hospital de la Princesa.* — *Barcelona. Un nuevo caballero del Santo Sepulcro.* — *León Dierx.* — *Los artistas polacos.* — *Entierro de discos de gramófono en los subterráneos de la Gran Opera.* — *Federico Passy.* — *Matrimonio secreto (novela).* — *Banquete de la Cámara de Comercio Argentina.* — *Pablo Chabás.* — *Monumento a Ratisbonne.* — *Monumento al poeta Camoens.*
Grabados.—*El camino de las cruces*, cuadro de C. Verger. — *Dibujo de Tamburini.* — *El enjambre*, cuadro de F. Alberti. — *Las meriendas en San Isidro*, cuadro de M. Caro. — *Ego sum vna et veritas et vita*, tríptico de F. Galofre. — *Familia segoviana*, cuadro de A. Hurtado de Mendoza. — *Notas de Roma, Anjou, Barcelona, Aranjuez, Madrid.* — *Consolatrix afflictorum*, escultura de J. Dechín. — *Monumento a los aviadores muertos*, escultura de L. de Monard. — *León Dierx.* — *Federico Passy.* — *Pablo Chabás.* — *Monumentos a Ratisbonne y a Camoens.* — *Wilma Knap.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La Exposición Nacional de Pintura, de este año, a mi ver, es superior a las anteriores. Quizás en esto no voto con la mayoría, pero tal es mi impresión, y no por favorable debo ocultarla.

En esta Exposición, no sólo aparecen tendencias y orientaciones que indican vitalidad, sino que algunos artistas, ya muy estimados del público, se afirman brillantemente, y, en general, los que habían logrado hacerse un nombre, lo defienden con obras dignas de él.

Es difícil, a primera vista, discernir cuál de los pintores ha presentado obra más sólida, y es sobre todo casi imposible conciliar los juicios del público, porque algo de la discordia y juicios encontrados de los profesionales se ha comunicado a los profanos. Las discusiones han sido tan empeñadas, que han amenazado degenerar en motines; se hablaba, como en los buenos tiempos de las asonadas callejeras, de apedrear el palacio de la Exposición, rompiéndole la montera de vidrios, si la medalla de honor no se otorgaba a determinado artista; y todo esto (piénsese como se piense) es azogue, es fuego en las venas de la juventud. Considerad, por otra parte, la diferencia entre apasionarse por un cuadro y volverse loco por un torero. No sólo no me escandaliza lo ocurrido a causa de Romero de Torres, sino que me complace.

Y, ¿qué son, en suma, esos tan discutidos cuadros de Romero de Torres? Ante todo, debo confesar que, reconociendo el fundamento de las críticas más duras que sufren, me sucede algo de lo que a cierta señorita española le pasaba con el rey intruso, José Bonaparte. Habíale dicho a la señorita que el rey intruso era feo, tuerto y borracho, y ella se desconsolaba, reconociéndose una mala patriota, porque, a pesar de todo, José Bonaparte le gustaba. Hay sin embargo una diferencia: Pepe Botellas no era, en realidad, ni borracho, ni tuerto, ni horrible, y los cuadros de Romero de Torres son todo lo que dicen sus severos censores. El hecho no puede negarse; y, sin embargo, hay en ellos cierto encanto y atractivo de idealidad, por el cual nos enganchan.

Cinco son las obras de Romero de Torres: entre ellas, sobresalen dos retratos, el de Pastora Imperio y el de Adela Carbone.

Desde luego, no son las retratadas, como el artista las pinta. Si lo fuesen, pertenecerían al número de esos tipos históricos de belleza y espiritualidad expresiva, que al través de los siglos hacen soñar. Pero yo, aunque apenas conozco, ni de vista, a los modelos, apostaría que no tienen esta forma tan gláncil, ni esos pies tan finísimos, ni siquiera ese mirar incendiario y subyugador.

Dejando aparte a Romero de Torres, al cual le quedan muchos años por delante para corregirse y para estudiar la naturaleza, base necesaria hasta de la idealidad, hay cuatro pintores en esta Exposición que son, hace ya algunos años, realidades bienazonadas, y continúan afirmando aquí su personalidad. Me refiero a Chicharro, Benedito, Alvarez de Sotomayor y Eugenio Hermoso.

Eduardo Chicharro es discípulo de Domínguez y de Sorolla; trabaja desde 1897, en que obtuvo mención honorífica; después de esta primera distinción, consiguió varias primeras medallas; y ahora expone,

entre otras obras de menos relieve, un cuadro de género, *El Jorobado de Burgohondo*, de lo mejor que ha producido su pincel.

Se ha censurado a los artistas, en este Certamen, por el afán de insistir en los aspectos téticos y maleficiados de España, como si pesase todavía sobre nosotros el hechizamiento de Carlos II; pero el cuadro de Chicharro, que retrata algo anormal, no infunde depresiva tristeza; al contrario. Ese jorobado, que rasca su vihuela con tanta fe, no es lúgubre, no es un idiota; es un tipo en el cual hay nobleza hidalga, como hay profunda simpatía humana en la mujer que le escucha, extendidas las manos sobre la faldamenta pomposa.

Otro discípulo de Sorolla, Benedito, no ha traído sino una interesante acuarela; y Alvarez de Sotomayor, que se ha limitado a enviar un cuadro de género y un retrato, hace muy buen papel con sus *Paisanos gallegos*, rebosantes de verdad. Tampoco este cuadro pertenece a la serie de la España negra y truculenta. Los estudios de Galicia, por ahora, no han tomado ese aspecto, salvo en algunos melancólicos bocetos de Corredoira. Los paisanos de Sotomayor, perfectamente vistos y pintados, son dos alegres compadres, que toman la vida por su lado bueno, y se abrazan al jarro y a la olla. Hasta no me atrevería a jurar que no se encuentren un poco chispas; chispas, bien entendido, del vinillo de la tierra, que no hace más que enrojecer la nariz y brillantar los ojos. Y esos dos aldeanos, en su cara, revelan inteligencia despierta y viva; no son el bracero embrutecido por la labor, no son el rudo paleta encorvado sobre la tierra; son dos mozos listos, que el día menos pensado emigrarán a Montevideo, y volverán con pesos en el bolsillo y una cadena de oro. En Galicia habrá España tétrica, pero abunda más la España normal, y hasta la España sagaz y picaresca.

Eugenio Hermoso, el extremeño, es otro pintor del cual se dice que ha «encontrado la energía de la raza»; su férrea textura, que a tantos degastes resiste. Nacido en uno de estos países donde esta energía se demostró más vigorosamente, Hermoso pinta con una intensidad de realismo extraordinaria, y casi diría que no cabe pintar mejor. Son siempre tipos populares los que copia. En la Exposición actual, merece citarse el estudio titulado *En el Berrocal*. En él parece revivir Murillo, no el de las Concepciones y de las Vírgenes morenas, sino el de los pilluelos de la calle—el de los cuatro paineles de Munich.

Declaro paladinamente que la misma escasa atracción que siento hacia la literatura de intenciones sociales, me infunde la pintura de iguales fines. Es decir: todavía considero las artes plásticas menos a propósito para las propagandas de ideas. No quiere esto decir que no se puedan sugerir ideas pintando o esculpiendo; pero en todo caso, las ideas tienen que nacer de la contemplación de la verdad, no de una alegoría siempre abstracta. Puede haber eficacia predicadora en cuadros como *Los Comuneros*, de Gisbert, pero siempre a condición de que el estudio de la época y de los personajes sea sincero y la intención se oculte tras la verdad. Yo no niego los méritos del tríptico de Galofre, en que vemos a Cristo, de pie en un automóvil, tender un ramo de oliva supongo que a patronos y obreros, o, si se quiere extender más el pensamiento, a pobres y ricos, oprimidos y opresores; pero, sin poderlo remediar, me acuerdo de aquel otro cuadro a que se refería Gustavo Flaubert—¡cuántos años hace!—en la *Educación sentimental*, y donde Cristo guiaba una locomotora. Temo que en la próxima Exposición se nos aparezca el Redentor en biplano.

Estos cuadros siempre provocan discusiones. Después de Romero de Torres, son el tríptico de Galofre, *La Procesión del Corpus en Lezo*, el *Exvoto* de Cortés, y los *Caciques y mendigos*, de Zubiaurre, lo que más pasto ha dado a las charlas. De Romero de Torres he hablado ya; en cuanto a la *Procesión*, obra de Elías Salaverría, encuentro que es triste, pero notable. Comparad a los *Campesinos gallegos* de Sotomayor, esos aldeanos vascos, y a la retzona alegría de los dos compadres abrazados al jarro, el fervor sombrío de esos creyentes, conterráneos de San Ignacio de Loyola. Con sólo mirar ambos lienzos, comprenderéis gran parte de la historia de España, de mediados a fines del XIX. En el país donde esos devotos semiextáticos siguen al sacerdote que lleva la Santa Forma, tuvo que desarrollarse, sangrienta y terrible, la guerra civil, cuyo fondo era religioso, más que legitimista. Y en el país donde esos dos ladinos bebedores sonríen satisfechos de la vida y recelosos y cautos con el prójimo, tuvo que abortar la misma guerra, siendo vanos cuantos arbitrios se empleasen para sacar de su escepticismo cazarro a los labradores, sobrado convencidos de que, vayan las cosas de este modo, vayan del otro para ellos no

han de resultar sino aumento de contribuciones y diabluras de caciques. *La Procesión*, en suma, es una fuerte página.

En cuanto al *Exvoto*, donde el joven artista se retrata en traje moderno entre santos y vírgenes, es una señal del espíritu arcaico que, a pesar de las conquistas del naturalismo y del verismo, va dominando en tantos pintores, y no es otra cosa sino el natural deseo de originalidad, exasperado por lo trillado de todos los caminos, y que se refugia en las sombras del pasado, para hacer algo nuevo con lo viejo, y pedir a los maestros antiguos el secreto de la emoción que nos causan. No se piense que esto sucede en España tan sólo. En la Decenal, de París, tuvo ocasión de notar la tendencia al arcaísmo, y la imitación sistemática y hábil de los maestros, empezando por nuestro Velázquez y nuestro Goya. Generalmente se imitaba la factura buscando libremente asuntos a que aplicarla; pero ahora, notamos que es el asunto mismo lo que se reproduce, y por supuesto, el procedimiento también. Quitad del *Exvoto* la figurita graciosa del autor, y pudierais colgar el cuadro en vieja Colegiata, y suponerlo obra de un contemporáneo de Domenico Teotocopuli. Y hay arcaísmo, hasta el infantilismo, en *El cariño*, de Puchol, y en la *Fiesta de los cofrades*, y en *Caciques y mendigos*, y en Romero de Torres; arcaísmos diversos entre sí, pero que no dejan de significar igual tendencia a vaciarse en los moldes de ayer, con cierto hastío de lo actual.

Es un caso febril de arcaísmo el joven pintor gallego, Corredoira, que se encuentra bajo la influencia del Greco, pero la exagera, y, dotado de facultades nada vulgares, las esteriliza por ese mismo anhelo de arcaizar. Su envío a la Exposición del Centro Gallego guardaba aún cierta mesura; en la Nacional la ha perdido. Y es gran lástima, porque, lo repito, este pintor tiene condiciones no comunes. No necesitaría más que sujetarse, ahondar, meditar, no entregarse tanto a su fantasía. Es todavía muy joven y supongo que su madurez nos permitirá celebrar sin restricciones sus aciertos.

Garnelo ha expuesto un cuadro interesante, no sólo por el estudio arqueológico que supone, o por lo hábil de la composición y el interés del asunto, que nos muestra, en la España anterior al cristianismo, el elemento de la fe, integrador de la raza. Se titula *Santuario greco ibérico* y nos muestra a la sacerdotisa, tocada y vestida como el famoso busto de Elche, recibiendo las ofrendas de los devotos, las lámparas de barro encendidas, y la galera en miniatura, que el viejo marinero trae a los pies de la diosa, en gratitud de haber salvado del naufragio. El contraste de las luces de las lámparas y el fondo de mar azul que a lo lejos se divisa como un lampo, hacen muy grata la tonalidad de este lienzo.

Un pormenor observo: en esta Exposición, han desaparecido los cuadros de Historia. Sólo veo uno, *La carga de Taxdirt*. Se ha realizado una evolución completa del gusto del público. Veinte años ha, no se veían más que enormes lienzos históricos. La influencia de *Juana la loca* y *La rendición de Granada* y otras obras que abrieron surco, se ha disipado.

Dejo de hablar de muchos cuadros que han fijado mi atención, no porque no mereciesen mención expresa, sino porque no tengo espacio que consagrarles. En el paisaje he visto mucho y muy bello. En el retrato, tampoco faltaría algo que elogiar explícitamente. Ya he dicho que la Exposición supera a la mayor parte de las anteriores, y revela un estudio concienzudo de España. Parece que el carácter de la patria antes interpretado sólo de un modo pintoresco, ahora se busca en su fondo psicológico; y, aun cuando exista pesimismo en el modo de entenderlo, y el color local derive hacia lo siniestro y lo brutal, yo encuentro que esta dirección del arte no es de las que merecen reprobación. Siempre buscarán los pintores algo que impresione, y el drama, que antes encontraban en la Historia, puede surgir de las costumbres; pero, a vueltas de esa España trágicamente acentuada, de la escuela zuloaguista, aparecerá otra sana, viril, normal, y hasta regocijada y vertiendo simpatía. Ambos aspectos abarcó Goya, y no hemos pensado en condenarlo.

A la España sana pertenecen los *Novios*, de Vázquez; las *Mariscadoras*, de Alvarez Sala; los paletos, de Marcos Arregui; la guapa moza, de Ribera; la *Novia*, de Benlliure; las segovianas, de Hurtado de Mendoza; los marineros, de Iborra; las chulas, de Bermejo; la *Familia*, de Poy Dalmau; los mismos contrabandistas, de Covarsi; el torero, de Moya; los pilluelos, de Huidobro; el tríptico, de Pinazo, *Los enredos del diablo*; los gallegos, de Sotomayor..., y tantas obras más. No puede decirse que la pintura nos entone el *De profundis*.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

ENTRE EL DEBER Y EL AMOR, POR LA BARONESA DE WILSON, dibujo de Tamburini



Y tomando al niño en sus brazos...

Todo era tristeza y desconsuelo en la casa del labrador Matías, y apenas si él y su bondadosa mujer Catalina se daban cuenta de la desgracia que de improviso cambiaba su vida apacible en lágrimas y desconsuelo.

Verdaderamente ya habían pensado alguna vez en lo que sucedía, pero al cabo de veintidós años miraban como suyo al niño que había recibido la honrada labradora para criarlo, precisamente cuando acababa de perder a su hijo recién nacido.

Un criado, al parecer de buena casa, llevó a Luis, muy envuelto en ricos pañales y mantillas, rogando a Catalina le sirviera de madre, puesto que la suya no podía por entonces tenerlo a su lado. Ella aceptó más bien por la carita de rosa y los ojos de cielo que por las promesas para lo futuro y las monedas de oro encerradas en una bolsa de cuero, y tomando al niño en sus brazos, vió montar al criado en un fogoso potro e internarse por los olivares cercanos a Sevilla.

Por el pronto y siempre con temor esperaban se presentasen los padres de Luis a reclamarlo, y el llanto bañaba las mejillas de Catalina y hasta humedecía también los ojos de Matías, quien desde luego había sentido verdadero cariño y voluntad muy grande por aquel diminuto ser abandonado, y resuelto estaba a sufrir las mayores privaciones con tal de que el niño quedase como suyo, creciendo y tomando cuerpo la idea al correr cinco años sin que nadie reclamase al hijo adoptivo de Catalina.

Por entonces nació una niña, que fué acogida con transportes de júbilo, aumentando la alegría de aquel hogar en donde siempre reinaban el buen humor e inalterable paz.

De repente se tornó la buena suerte en adversa, y ya contaba Soledad dos años cuando sobrevinieron pérdidas considerables: malas cosechas; muerte

de ganado vacuno; un incendio que casi redujo a escombros el hermoso cortijo de los Olivos, sembrado por una cerca de naranjos y limoneros, al par de almendros y otros árboles que mezclaban sus especiales aromas con el de las rosas, jazmines y violetas, que a su antojo crecían entre madre selvas y pasionarias.

Los sacrificios, penalidades y desvelos fueron inmensos para contrarrestar tantos desastres y atender con singular amor a los dos niños, que se desarrollaban sanos, robustos y queriéndose tiernamente, sin que por su parte el matrimonio tomase en cuenta a cuál profesaban mayor intensidad de cariño.

Un tío de Catalina, cura párroco en Sevilla, se encargó de la educación de Luis, seducido por la precoz inteligencia del niño, y más tarde una maestra moldeó el flexible entendimiento de Soledad, que estudiaba con empeño para comunicar a Luis sus adelantos y unirse más a él en las expansiones de sus caracteres y de sus ideas, identificados desde la infancia.

Soledad no era hermosa, pero tenía gracia seductora, y dominaba a cuantos la rodeaban sin ejercer tiranía sobre ellos. Su cariño por Luis adquirió con los años vuelo inconmensurable, traduciéndose hasta en los menores detalles de su existencia. Por su parte, Luis tenía para la niña los cuidados del ser fuerte y vigoroso protector del frágil y mimado.

Dos veces arriesgó su vida por salvar la de Soledad, una en el río donde bañándose la arrastró la corriente y otra en el incendio del cortijo. Eran dos voluntades, dos naturalezas, dos almas, dos corazones confundidos en uno solo, y Luis consideraba a Soledad como una parte de sí mismo y unida a él como para no separarse jamás.

Y así corrieron los años hasta cumplir Soledad diez y siete y Luis veintidós, dominados ambos por

aquel amor tiránico, exclusivo, que bajo el carácter fraternal se imponía como señor absoluto, despertando en el ánimo de Catalina y Matías pensamientos de futura felicidad.

Un día sorprendió Luis a la labradora enjugándose los ojos y al siempre alegre Matías como agobiado por un gran pesar. A sus preguntas sólo obtuvo respuestas evasivas, y sobre todo recomendando al joven no alarmase a Soledad por lo que según ellos no tenía importancia.

Coincidió aquella amargura con una larga visita del sacerdote maestro de Luis y a la vez se tuvo noticia de la llegada de la marquesa viuda de Alcocer, que hacía largos años habitaba en París, a pesar de tener pingües rentas y fincas en Andalucía.

Algo extraordinario había acontecido para que persistiese la preocupación de los padres de Soledad, visible a los ojos de Luis y que le tuvo desvelado e intranquilo aquella noche por primera vez en su vida.

De pronto, y cerca de la madrugada, oyó la voz de Matías y aun pronunciar su nombre, y como sólo un tabique separaba los dormitorios, fácilmente el afligido joven escuchó la conversación que en voz baja sostenía el honrado matrimonio.

—Es una pena tan grande, que me matará, decía Catalina.

—Y nuestro hijo, ¿quién tendrá valor para darle esta noticia?, contestó Matías con voz temblorosa; pero ello es que no hay remedio, repuso suspirando.

—¡Dios mío, Dios mío! ¿Y Soledad? Será una puñalada..., le quiere tanto...

Para Luis, lo fueron aquellas palabras, y con el corazón oprimido, sin saber lo que hacía, se vistió, bajó de puntillas y por la puerta del huerto salió al campo, perdiéndose entre los viñedos. Al amanecer llegaba a casa del párroco para buscar la solución

del misterio. Perplejo y vacilante quiso eludirse de contestar a Luis; pero éste, interpretando las respuestas, vió dibujarse la verdad desconsoladora: los pobres labradores no eran sus padres y Soledad, aquella niña a la cual adoraba, no era su hermana: a este pensamiento sucedió otro más dulce y dominante, pero triste y angustiado por múltiples ideas; comprendió el dolor de aquellos que todo lo habían sacrificado por él, y que ante el deber de cederlo a la madre verdadera, no hallaban consuelo, tal y tan grande era su cariño por el hijo adoptivo.

—¿Y cómo en tantos años no ha pensado en mí?, preguntó el joven con ansiosa insistencia.

—La marquesa ignoraba tu paradero. En la guerra civil de carlistas contra la que ha sido después reina Isabel, se batió tu padre, fué perseguido y en tan críticos momentos habías nacido tú. Se imponía el destierro y era imposible exponerte a un viaje peligroso y erizado de dificultades. La marquesa tu madre te encomendó a un fiel criado y éste tal vez, conociendo a Catalina, te puso en sus manos encargándole tu crianza. Al reunirse con tus padres, el fiel servidor fué muerto de un balazo y con él se enterró el secreto de tu paradero. Cuando vine yo a reemplazar a mi antecesor tenías cuatro años, y como todos te creí hijo de Catalina y de Matías: jamás, ni aun en confesión, me revelaron su secreto.

—¡Pobres padres míos! ¡Pobre Soledad! ¿Pero cómo se ha descubierto mi paradero?

—La Providencia, hijo mío. Tu madre, viuda ya y pensando en remover la tierra para buscarte, pero deseosa de aislamiento, vino a ocupar el antiguo palacio de Sevilla, que con otros bienes confiscados le han sido devueltos, y al solicitar mi auxilio como confesor, me refirió sus hondos pesares, encargándome a la vez hacer pesquisas para encontrar al hijo adorado, y como en los últimos balbucesos del criado comprendieron la palabra Sevilla, de ahí la idea de indagar por estas cercanías.

—Pero cómo lo logró usted...

—Catalina ha nacido y vivido siempre aquí para orientarme me dirigí a ella. Su sorpresa, su turbación, sus lágrimas, fueron para mí un rayo de luz. Sin poderse contener exclamó: «Es mi Luis, mi hijo: se lo llevarán y jamás volverá: nos quedaremos solos, porque Soledad se morirá al separarse de él...»

—No los abandonaré nunca.

—Dios te ordena seguir a tu madre.

—Pero no que sea ingrato.

—La señora marquesa resolverá. Vuélvete a casa y espérame toda la tarde.

Bien a las claras se reflejaba en el semblante de Luis la honda impresión que sentía, y al llegar al cortijo no pudo ocultársela a los que le habían servido de padres, que no abrigando ningún

pensamiento bastardo, le aconsejaron obedecer a su madre.

—Pero con ustedes a mi lado.

se acentuó la gravedad. Luis olvidó todo y durante seis días no abandonó un momento a Soledad, compartiendo con Catalina el asiduo cuidado para la enferma, hasta que la naturaleza y la juventud triunfaron de la muerte. La joven entró en convalecencia, pero sin una sonrisa en los labios, sin un destello de alegría en sus ojos, que reflejaban el intenso dolor que le desgarraba el corazón.

Impaciente la marquesa, había visitado el cortijo, expresando su inmensa gratitud por los labradores, que aumentó al estrechar en sus brazos al hijo querido, quien, impulsado por un sentimiento poderoso y natural, correspondió con efusión a las caricias maternas.

* * *

Un día, todos reunidos en la habitación de Soledad, que aun muy débil se limitaba a dar cortos paseos, manifestó la marquesa su deseo de que Luis la acompañase a Sevilla, y habló de viajes, de posición social y del puesto que su gran herencia reservaba a Luis.

—Quiero, añadió la marquesa, asegurar el porvenir de los que han servido de padres a mi hijo, serán ricos y no trabajarán más; en cuanto a Soledad, dijo envolviendo a la joven en una mirada sumamente cariñosa, tendrá un buen dote y le buscaremos un buen partido.

—Nada deseamos, ni aceptaremos nada, señora marquesa, contestó Catalina; sin Luis, todo nos sobra.

—Jamás me casaré, articuló Soledad con voz temblorosa; desde pequeña mi corazón ha sido de Luis y sólo a él pertenecerá; que sea feliz; es su deber estar al lado de su madre; en cuanto a nosotros...

Los sollozos cortaron la palabra a Soledad.

—Madre mía, exclamó Luis abrazando a la marquesa, ¿desea usted que la ame, que sea un buen hijo y que viva siempre a su lado?

—Será mi única y más deseada felicidad.

—Entonces no me separe de los que amo tanto. ¡Sin Soledad sería muy desgraciado!, añadió en voz baja.

La marquesa, hondamente conmovida, guardó silencio un instante.

—Padre mío, dijo levantándose de su asiento para saludar al capellán que entraba en la habitación, ¿sabe usted en qué consiste la verdadera dicha?

El buen párroco la miró perplejo.

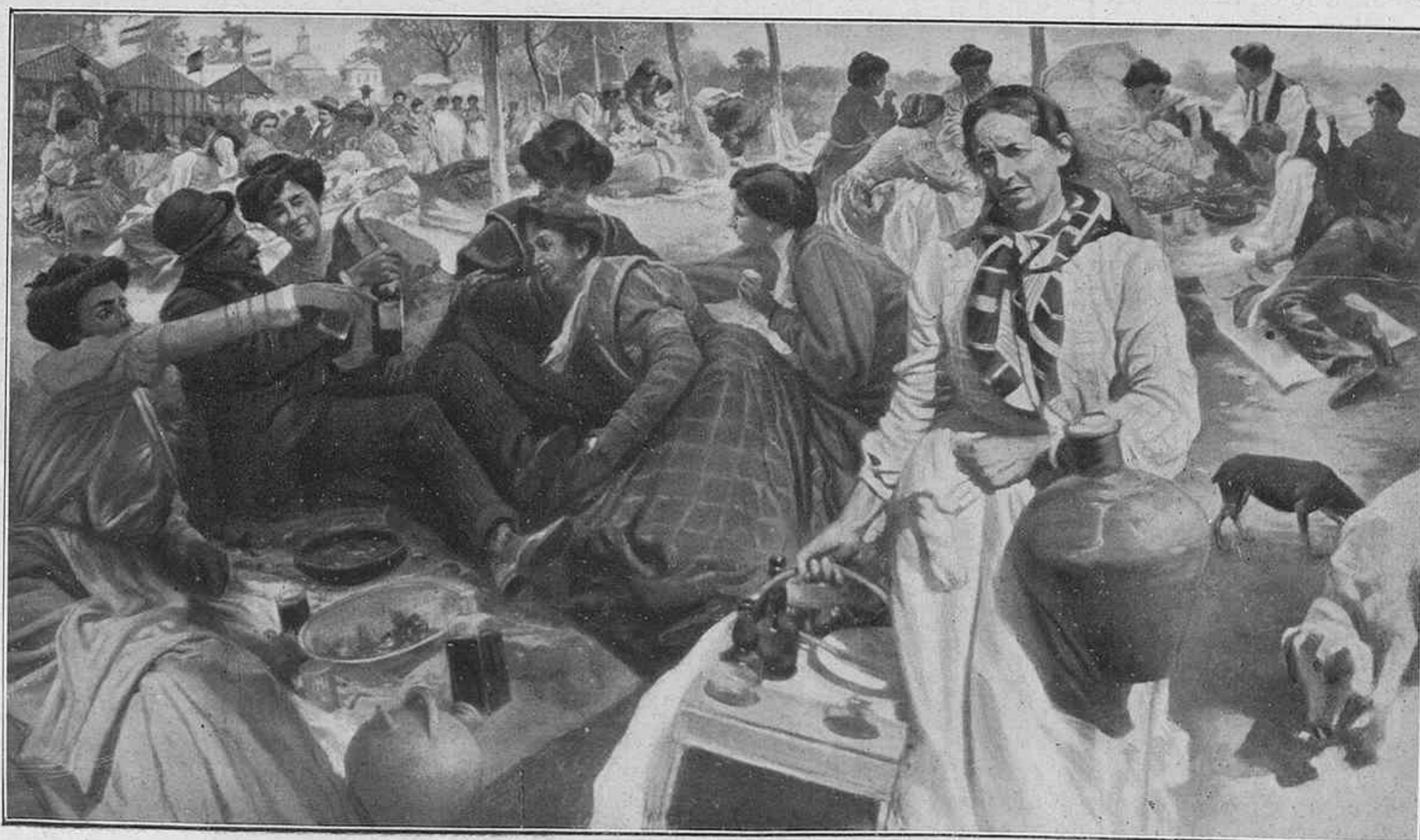
—Acabo de comprenderlo; consiste en hacer felices a los que nos rodean, prosiguió: llega usted a tiempo. Desde hoy formamos todos nosotros una sola familia; Luis y Soledad se aman, serán nues-



El enjambre, cuadro de Fernando Alberti,

premiado con segunda medalla en la actual Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid

La afición de todos se comunicó a Soledad, haciéndose preciso revelar el motivo. La idea de la separación probable la anonadó: sus hermosos ojos



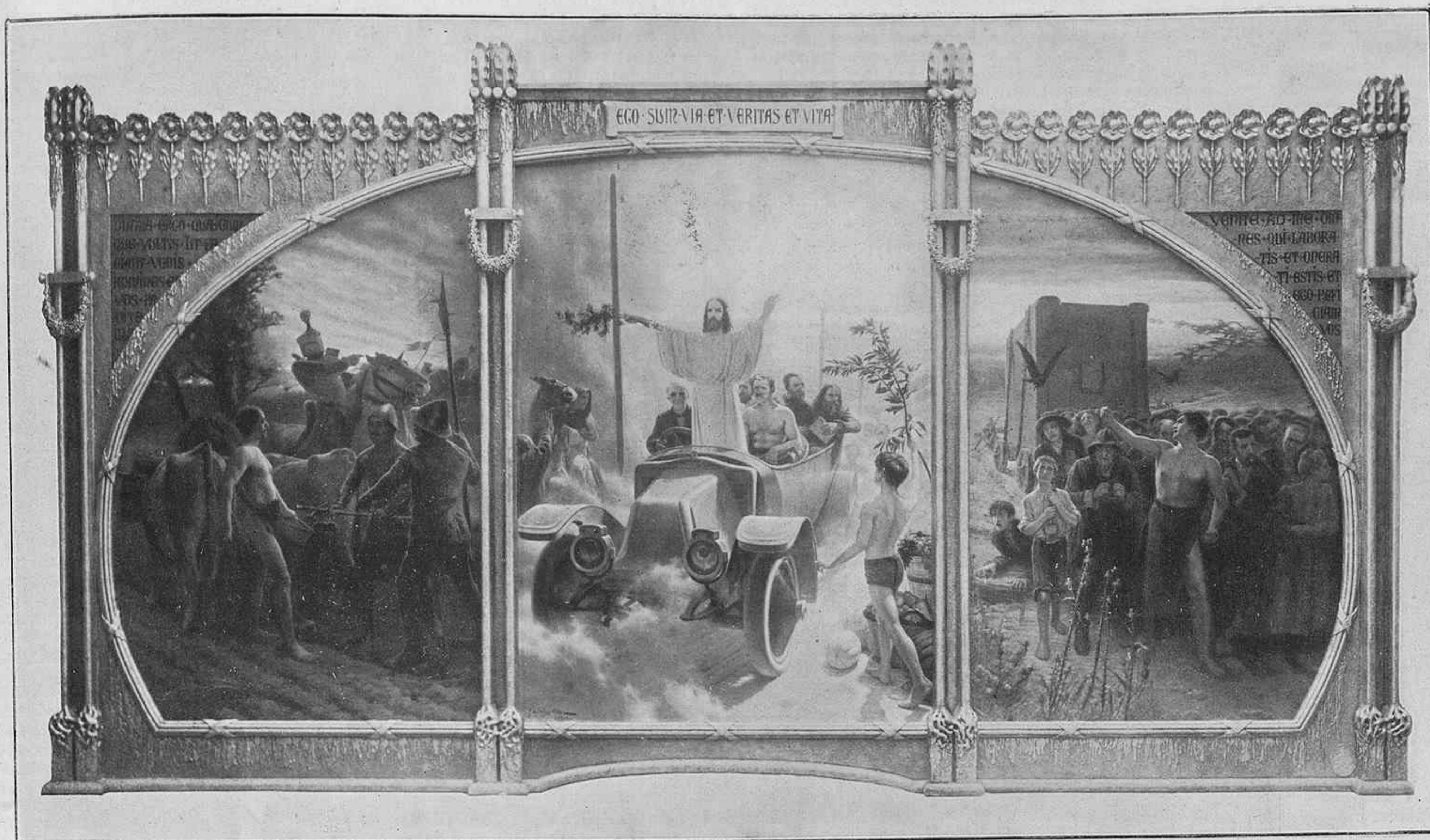
Las meriendas en San Isidro, cuadro de Manuel Caro y Espí,

premiado con mención honorífica en la actual Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid. (De fotografía de Baglietto.)

negros se velaron y cayó sin conocimiento en los brazos de Luis.

Sobrevino un ataque cerebral y al día siguiente

tros hijos, añadió la marquesa abrazando a Catalina.



Ego sum via et veritas et vita, tríptico de Francisco Galofre Oller

La Ciencia, Edison y el Trabajo unidos por el Amor Cristiano y acompañados de Miguel Angel, Gutenberg y Servet, impulsando el Progreso de los Pueblos y triunfando de todos los fanatismos



Familia segoviana, cuadro de Antonio Hurtado de Mendoza, premiado con mención honorífica

ROMA

JURAMENTO DE LOS GUARDIAS SUIZOS DEL PAPA

En el patio del Belvedere del Vaticano se ha efectuado recientemente la ceremonia de prestar solemne juramento los nuevos guardias suizos del papa, costumbre que había caído en desuso desde hacía cincuenta años y que el coronel Repond ha restablecido, de conformidad con el reglamento del cuerpo.

Formada la guardia en línea frente a la biblioteca, el coronel pasó revista de los nuevos reclutas y en un breve discurso explicó la significación del juramento que iban a prestar.

Después la guardia presentó armas y mientras los tambores batían la marcha de la bandera, avanzó hasta el centro del patio un oficial llevando el antiguo estandarte del cuerpo, agujereado en muchos sitios por las balas, y el capellán de la guardia, monseñor Corregioni, leyó en alemán y en francés la fórmula del juramento. A continuación, los reclutas fueron saliendo uno a uno de las filas, se acercaron a la bandera y, con la mano derecha levantada, prestaron el juramento de fidelidad. Con los reclutas juraron también los nuevos capitanes Glassón y Desury.

La ceremonia fué presenciada por una peregrinación suiza presidida por el obispo de Basilea que, pocos días antes, había sido recibida por Su Santidad.

Terminada la jura, un sacerdote recitó una composición alusiva en verso, y los peregrinos entonaron el himno suizo y dieron algunos vivas al Papa y a Suiza.



Roma.—Juramento de los nuevos guardias suizos del Papa, ceremonia recientemente efectuada en el patio del Belvedere del Vaticano. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

los más célebres, los que con razón pueden llamarse reyes del aire.

Por diversas causas varios aparatos no llegaron a elevarse. El primer día reinaba un tiempo tempestuoso, lo que hizo que muchos aviadores no quisieran aventurarse en el aire. A pesar de ello, los comisarios dieron la salida y emprendieron

Barcelona. Mitin de aviación.—La predicción que hacíamos en el número último se ha confirmado: la fiesta de aviación recientemente celebrada en esta ciudad ha sido la más importante de cuantas hasta ahora se habían efectuado en Barcelona. Las pruebas de los dos últimos días fueron en extremo notables, habiendo realizado vuelos hermosísimos Poumet, Bouvier y Lecombe: el primero, en una de sus ascensiones elevóse a 900 metros de altura y en otra hizo el recorrido «Aeródromo-Rabassada-Tibidabo»; el segundo alcanzó una altura de 664 metros; y el tercero elevóse hasta 1.100 metros. Los tres, además, hicieron verdaderas filigranas en el aire y aterrizajes magníficos; de todos ellos, sin embargo, el que se ha llevado la palma ha sido Poumet.

Terminadas las pruebas del mitin, celebróse en la «Maison Dorée» un banquete en el que brindaron elocuentemente los señores Ponte, Foronda, Sabater, Vives, Maisonneuve y Corominas, haciéndose luego la entrega de los premios en la siguiente forma: premio de aviadores españoles, señor Menéndez Valdés; premio de los hoteles (raid «Aeródromo-Rabassada-Tibidabo»), señor Poumet; premio para hidroplanos, Sr. Sánchez Bessa; premio de duración, Sr. Bouvier; primer premio de velocidad, para monoplanos sin pasajeros, Sr. Poumet; segundo, Sr. Laurent; primer premio para biplanos, Sr. Bouvier; primer premio de velocidad con pasaje-

ros, Copa del Real Club de Barcelona, Sr. Laurent; segundo, Sr. Poumet, y tercero, Sr. Lecombe; premio de aterrizaje,



Circuito de aviación de Anjou. Gran Premio del Aero-Club de Francia. Los cobertizos en el aeródromo de Avillé. (De fotografía de Central Photos.)

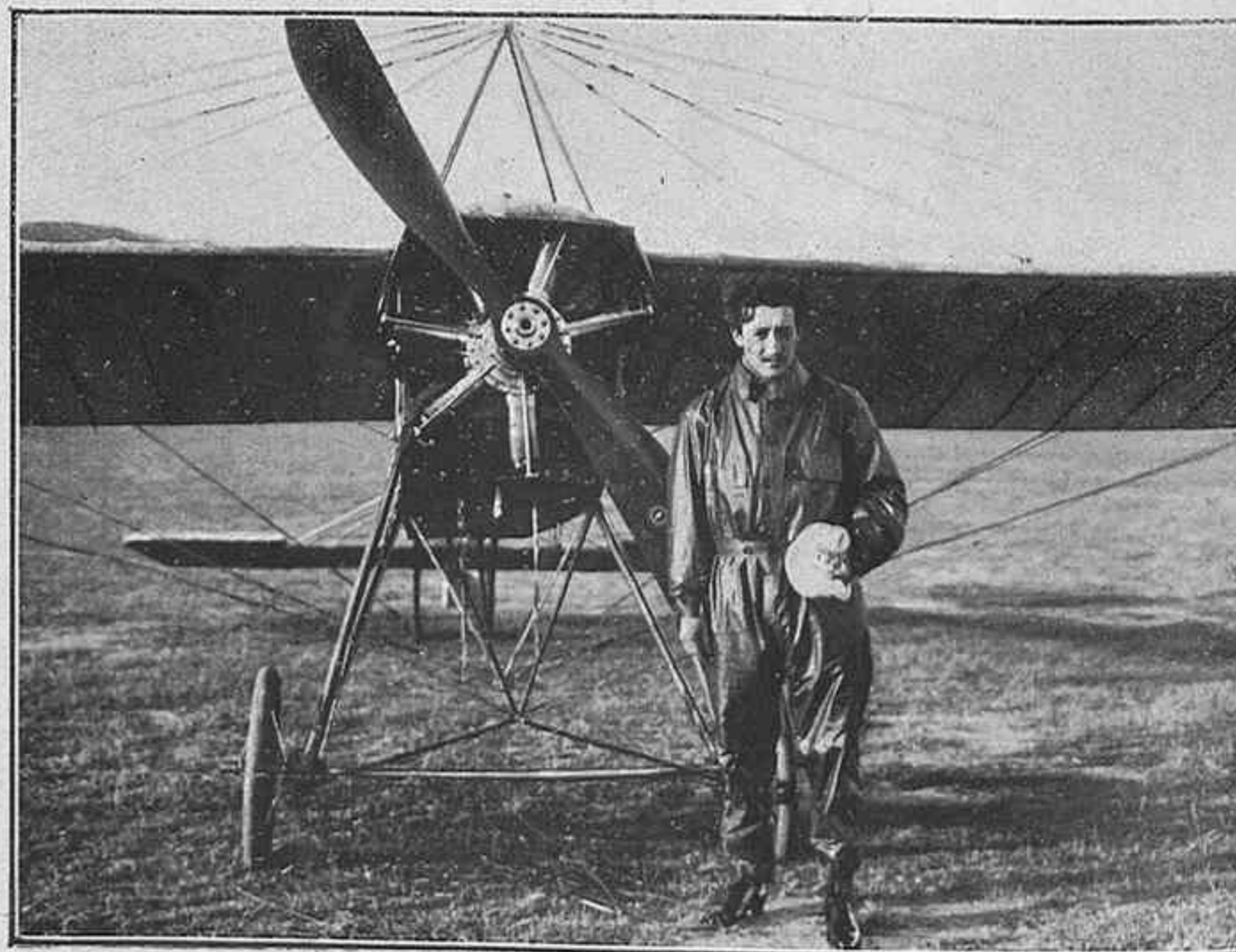
únicamente el primero terminó la prueba, es decir, dió las tres vueltas al circuito.

Para compensar a los constructores y aviadores que no pudieron realizar las pruebas del primer día, el Comité decidió que el segundo día continuaría el concurso para Garros, único concurrente clasificado, quien, por consiguiente, habría de dar las cuatro vueltas que le faltaban; pero que además se disputaría una carrera de tres vueltas entre todos los que quisieran realizarla y para la cual se concederían cinco premios de 20.000, 10.000, 7.500, 5.000 y 2.500 francos.

El segundo día volaron, además de Garros, diez y seis aviadores.

El resultado general del concurso ha sido el siguiente: Gran premio del Aero-Club, 50.000 francos: Garros, en 15 horas, 40 minutos, 57 ²/₅ segundos. Gran premio de velocidad, 20.000 francos: Garros, en 14 horas, 40 minutos, 57 ²/₅ segundos. Premio de 25.000 francos: Espanet, en 4 horas, 4 minutos, 56 segundos. Premio de 20.000 francos: Bobba, en 4 horas, 21 minutos, 41 segundos. Premio de 7.500 francos: Brindejone des Moulinais, en 4 horas, 22 minutos, 20 segundos. Premio de 5.000 francos: Garros, en 5 horas, 53 minutos, 21 segundos. Premio de 2.500 francos: Gaubert, con un pasajero, en 6 horas, 37 minutos, 53 segundos.

Sr. Poumet; primer premio de altura Sr. Lecombe, y segundo, Sr. Poumet.



Barcelona. Mitin de aviación.—El notable aviador Poumet, que ha efectuado magníficos vuelos y ha ganado varios premios. (Fot. Merletti.)



El aviador Rolando Garros, que ha ganado el gran premio de 50.000 francos del Aero-Club de Francia en el Circuito de Anjou. (De fotografía de M. Rol.)

DE AVIACIÓN

El circuito de Anjou.—En los días 16 y 17 de este mes se ha disputado el gran premio del Aero-Club de Francia, en Anjou, en el circuito Angers Cholet Saumur-Angers, 157.400 metros, que debía ser cubierto siete veces en dos días, tres el domingo y cuatro el lunes. El recorrido total era, pues, de 1.102 kilómetros aproximadamente.

Los premios destinados a este concurso importaban 120 mil francos distribuidos en la forma siguiente: un primer premio de 50.000, un segundo de 20.000, un tercero de 15.000, un cuarto de 10.000 y un quinto de 5.000 y un premio único de velocidad de 20.000.

Para tomar parte en el concurso se inscribieron 35 aviadores que debían tripular 25 monoplanos y 10 biplanos. Tratándose de una prueba tan importante y de premios tan considerables, ocioso es decir que entre esos aviadores figuraban



Aranjuez.—SS. MM. en el Colegio de María Cristina para huérfanas de Infantería. Colegialas recitando poesías delante de los reyes

ARANJUEZ.—SS. MM. EN EL COLEGIO DE MARÍA CRISTINA

Con objeto de presidir la inauguración de un pabellón hidroterápico, SS. MM. don Alfonso XIII y Doña Victoria estuvieron el día 15 de este mes en el Colegio de María Cristina para huérfanas de Infantería establecido en Aranjuez.

Recibidos por el ministro de la Guerra, por el coronel director del colegio, por las autoridades y por varias comisiones militares, los reyes se dirigieron bajo palio a la capilla, en donde oraron brevemente mientras la niñas cantaban una oración por Sus Majestades.

Después visitaron las augustas personas las dependencias y clases del colegio y finalmente el pabellón hidroterápico que se inauguraba y en cuya instalación se han invertido 25.000 pesetas de las 200 000 que cobró la institución procedente de la primera suscripción nacional en favor de los heridos y de las familias de los muertos en campaña.

Terminada la visita, pasaron SS. MM. al salón de actos, en donde varias niñas recitaron poesías y ejecutaron algunas composiciones musicales, siendo luego obsequiados con un *lunch*.

Al abandonar los reyes el colegio, fueron ovacionados por las 450 niñas que en él se educan y por el numeroso público congregado en los alrededores del edificio.

MADRID.—SS. MM. EN EL HOSPITAL DE LA PRINCESA.—S. M. EL REY EN EL INSTITUTO MÉDICO QUIRÚRGICO DE LA ENCARNACIÓN.

Con asistencia de SS. MM. los reyes don Alfonso XIII, Doña Victoria y Doña María Cristina, de las infantas Doña Isabel, Doña María Teresa y Doña Luisa y del infante Don Fernando, efectuóse el día 17 del actual la inauguración de la nueva sala de operaciones construída en el Hospital de la Princesa.

Las augustas personas fueron recibidas por el ministro de la Gobernación, por el gobernador, por los doctores del establecimiento, por las señoras de la Junta y por otras distinguidas personalidades, y después de orar en la capilla, se dirigieron a la nueva sala de operaciones, que bendijo el capellán del benéfico establecimiento.

Largo rato permanecieron SS. MM. y Altezas en dicha sala, que se halla instalada con arreglo a los más modernos adelantos; luego recorrieron las demás dependencias del hospital, y se detuvieron especialmente en la sala de Santa Isabel, de Cirugía general, en el arsenal quirúrgico, en la sala de San Nicolás y en la farmacia, elogiando los servicios que en todas ellas se prestan y saliendo complacidos de su visita.

Al día siguiente, Su Majestad el Rey Don Alfonso XIII presidió la inauguración del Instituto médico quirúrgico de la Encarnación fundado por el Dr. D. Rodolfo del Castillo, en memoria de una hija suya fallecida, y por él entregado a la Liga popular española contra la tuberculosis.

El acto inaugural se efectuó en la sala de consultas, ocupando el monarca la presidencia y colocándose frente a él el ministro de la Gobernación, el gobernador civil, el Sr. Castillo, el exministro D. Amalio Gimeno y los señores de la junta de la Liga contra la tuberculosis. El Sr. Gimeno pronunció un breve discurso explicando el objeto de la institución, que es poner

al alcance de los pobres los medios de curar o atenuar sus enfermedades; el Sr. Castillo leyó unas cuartillas expresando el fin que se había propuesto al fundar el instituto; y el ministro de la Gobernación felicitó en nombre de S. M. a los Sres. Castillo y Gimeno, recordó que la lucha contra la tuberculosis en España fué iniciada por el monarca, auxiliado por las reinas Doña Victoria y Doña María Cristina, y prometiendo la ayuda del Gobierno al instituto.

S. M. recorrió luego todas las habitaciones del edificio, quedando muy satisfecho de la instalación y de los medios higiénicos del mismo y felicitando al Sr. Castillo.



Madrid.—SS. MM. saliendo del Hospital de la Princesa después de inaugurar una nueva sala de operaciones. (Fots. Asenjo y Salazar.)

El Instituto consta de dos pisos: en la planta baja tiene dos grandes enfermerías en donde se dará hospitalidad a los enfermos pobres de cirugía; una sala de operaciones, dispensarios gratuitos y laboratorios para rayos X y bacteriología. La planta alta está destinada a sanatorio y se halla dividida en cuartos de pago particulares, con cuyos ingresos se pagarán los gastos de los enfermos pobres.

El Instituto está dedicado a toda clase de especialidades médicas y quirúrgicas y comenzará a funcionar en el próximo mes de octubre. Su construcción ha costado 200.000 pesetas.

Componen su junta de patronos los señores Castillo, Pulido, Bejarano, Berruero, Reynot, Sangro y García Molinas y al frente de los servicios de clínicas y de dispensarios están los doctores Castillo Ruiz y Verdes Montenegro respectivamente.



Madrid.—Instituto Médico-quirúrgico de la Encarnación fundado por D. Rodolfo del Castillo, entregado por éste a la Liga popular española contra la Tuberculosis e inaugurado por S. M. el Rey. (De fotografía de Asenjo y Salazar.)

Después de haber entonado la capilla, bajo la dirección del maestro Millet, el himno *Vexilla Regis* y la estrofa *O Crux Ave Spes*, según previene el reglamento de la Orden, dióse

BARCELONA

UN NUEVO CABALLERO DEL SANTO SEPULCRO

En la iglesia de Nuestra Señora de Pompeya, de los PP. Capuchinos, celebróse el 17 de los corrientes la solemne ceremonia de armar caballero de la orden pontificia y militar del Santo Sepulcro al M. Ilre. Sr. D. José de Peray y March.

Después de efectuada en la sala capitular de la Orden la reunión previa que presidió el general Weyler, jefe general de la Orden y a la que asistieron todos los caballeros con hábito de coro, dirigióse la comitiva al templo, en donde se celebró la ceremonia religiosa, en la que actuó de preste el Sr. obispo Dr. Laguarda.

Después de haber entonado la capilla, bajo la dirección del maestro Millet, el himno *Vexilla Regis* y la estrofa *O Crux Ave Spes*, según previene el reglamento de la Orden, dióse lectura a la bula pontificia nombrando caballero al Sr. Peray. Seguidamente fueron a buscar a éste su padrino Don Carlos de Odriozola y el maestro de ceremonias, rezóse el *Veni Creator Spiritus* y el Sr. Odriozola hizo la biografía de su apadrinado, a quien luego calzaron las espuelas y entregaron el manto, que bendijo el señor obispo, y la espada. Después la capilla cantó el *Te Deum*.

Terminadas estas ceremonias, el Sr. Peray leyó un notable discurso sobre la antiquísima fundación de la Orden y sobre su establecimiento en Cataluña, en donde ha logrado especial esplendor, evocando el recuerdo de la vida de San Olegario y otros hechos históricos para deducir que la orden del Santo Sepulcro no debe ser considerada aquí como forastera, pues constituye sólido sillar en que descansa la grandeza de Barcelona. El Sr. Peray fué muy felicitado.—T.



Barcelona.—Acto solemne de armar caballero de la orden del Santo Sepulcro al M. Ilre. Sr. D. José de Peray y March. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)



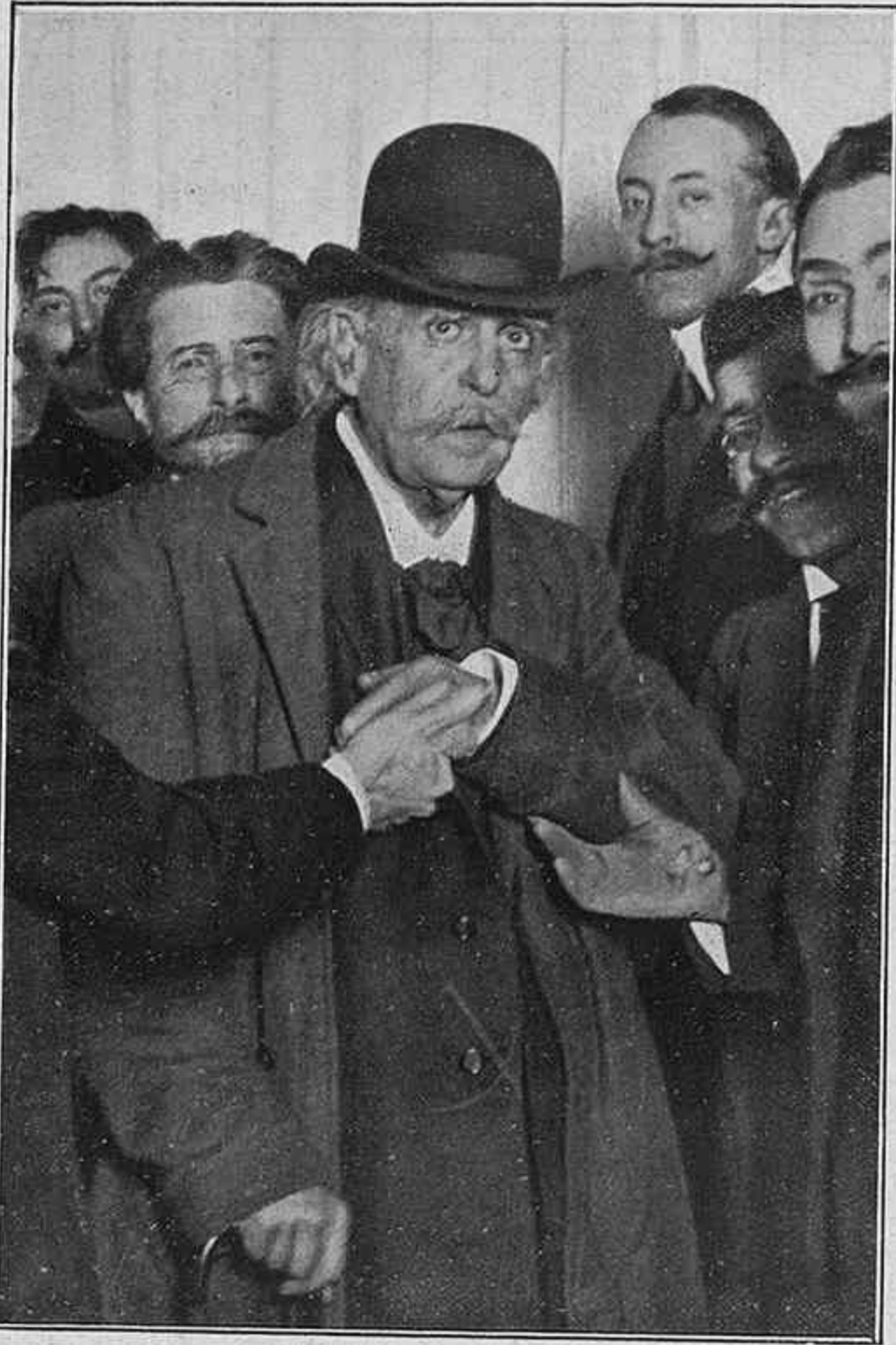
París. Salón de la Sociedad de los Artistas Franceses. 1912.—CONSOLATRIX AFLICTORUM (LOURDES), obra escultórica de Julio Dechín
(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística, de París.)



París. Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. 1912.—MONUMENTO A LOS AVIADORES MUERTOS, obra de Luis de Monard
(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística, de París.)

LEÓN DIERX

Este poeta, uno de los últimos parnasianos, a quien los jóvenes proclamaron rey de los poetas en 1898, después de la muerte de Mallarmé, había nacido en la isla de la Reunión,



Léon Dierx, famoso poeta francés, proclamado en 1898 príncipe de los poetas y fallecido en París el día 11 de los corrientes. (De fotografía de Central Photos.)

en 1838. Llegado a París para terminar sus estudios, entró en la Escuela Central de Artes y Manufacturas, cuyos cursos siguió durante tres años, al cabo de los cuales regresó a la Reunión. Después de haber permanecido allí una temporada volvió a la capital de Francia, en donde se estableció definitivamente, para dedicarse a sus aficiones literarias.

En íntimas relaciones con los llamados entonces «Parnasianos», desde sus primeros ensayos *Poèmes et Poésies*, publicados en 1864, mostróse uno de los más brillantes adeptos de la nueva escuela, a la que ha permanecido fiel durante toda su vida. Entre sus principales obras pueden citarse: *Œuvres écloses*, *Poèmes antiques*, *Poèmes barbares*, *Paroles d'un vaincu* y *Les Amants*.

Fué su maestro Leconte de l'Isle, a quien adoraba y de quien fué continuador y no pocas veces imitador. Como él fué pesimista, trató sin debilidades el mundo de las apariencias y todo lo que no es eterno, fustigó la naturaleza por lo mudable y descorazonadora, vilipendió los rebaños humanos y, en una palabra, mostróse implacable con la realidad pasajera.

Según costumbre de los parnasianos, dedicábase a construir versos robustos y que diesen la impresión de la permanencia; su estética fué la de aquella escuela: la voluntad de

poner en violento contraste la fragilidad de las cosas y la solidez de su imagen, el arte.

BARCELONA. - LOS ARTISTAS POLACOS

En la Galería Dalmau se ha celebrado recientemente una exposición de arte polaco en extremo notable e interesante, que dió perfecta idea de la pujanza alcanzada por las bellas artes en aquel país, de poco tiempo a esta parte. Figuraban en dicha exposición obras de quince artistas entre las cuales sobresalían las de la señora Mela Muttermilch, de un naturalismo y de una fuerza de color admirables; las de Leopoldo Gottlieb, potente personalidad artística, que en su cuadro de la *Santa Cena* y en sus hermosos retratos demuestra ser un pintor de primera fuerza; los dibujos de W. Gordon; y sobre todo las esculturas y los dibujos de Nadelmán, de clásica plasticidad las primeras y de una pureza y sobriedad imponderables los segundos.

También llamaron la atención los cuadros de los señores Zack, Makowski, Rzeki, Buszeck, Jakimowicz, Kramstyc,

utilizados hasta dentro de cien años. Aquel acto, del cual dimos cuenta en el número 1.358, se repitió el día 14 del actual, en que fué enterrada otra colección de fonogramas en las mismas condiciones que los anteriores.

La ceremonia se efectuó en presencia del Sr. Berard, subsecretario de Estado de las Bellas Artes, de los directores de la Opera, de algunos funcionarios de la Biblioteca y de los Archivos y de Mr. Clark, iniciador de la idea y donador de los discos enterrados ahora y en 1907.

Después de una audición de algunos discos, entre ellos uno del tenor Frazz en *Lohengrin*, de la tiple Brohly en *Dalila* y del famoso violinista Kubelik, procedióse a envolver los fonogramas, aislados con planchas de cristal, en una tela de amianto, encerrándolos luego en dos marmitas de hierro en las que se hizo el vacío y que fueron solemnemente selladas por el Sr. Berard. Hecho esto, las marmitas quedaron depositadas en la caja en donde había ya las de 1907, y allí permanecerán hasta 2012, fecha en que los musicógrafos de entonces podrán apreciar el estilo y el talento de los más notables artistas de nuestros días.



París.—Ceremonia del entierro de los discos de gramófono impresionados por los más notables cantantes contemporáneos, en los subterráneos de la Gran Opera. Operación de cerrar las marmitas de cobre que contienen los discos. (De fotografía de Central Photos.)

Passkiewicz, Rubszak y Yak, de las señoras Centnerszwer y Szerer y de la señorita Bosznanska.

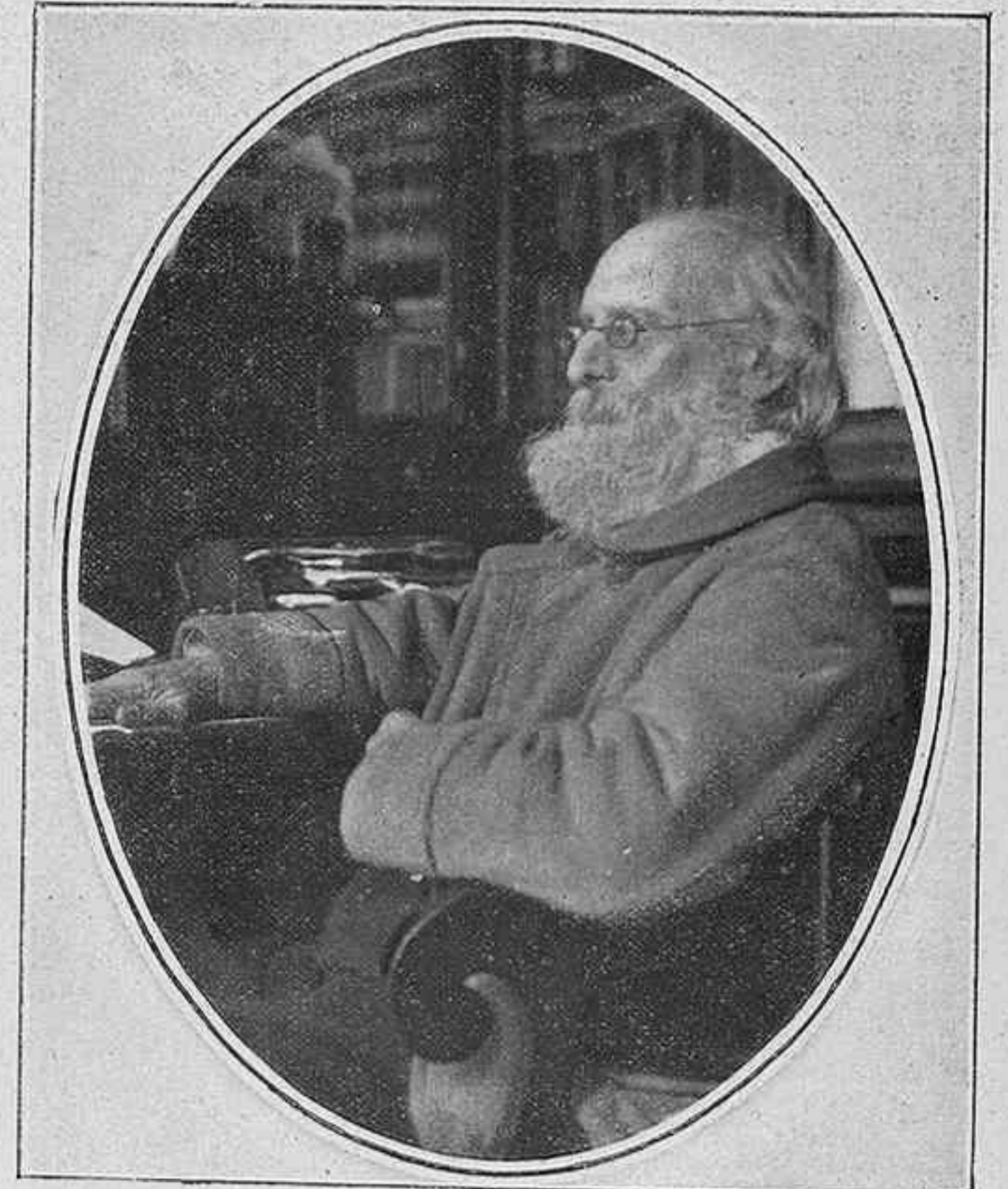
Mela Muttermilch, Gottlieb, Gordon y Nadelmán han permanecido algunos días en esta ciudad, durante la exposición, acompañados del esposo de la primera, Miguel Muttermilch, que es un excelente escritor y un distinguido crítico de arte.

PARÍS. - ENTIERRO DE DISCOS DE GRAMÓFONO EN LOS SUBTERRÁNEOS DE LA GRAN OPERA

A fines del año 1907 procedióse al entierro, en los subterráneos de la Gran Opera, de varios discos de gramófono impresionados por los más célebres artistas y que no debían ser

FEDERICO PASSY

A la edad de noventa años ha fallecido en París este gran economista francés y uno de los más entusiastas promotores del libre cambio y del pacifismo.



Federico Passy, eminente economista francés, apóstol del pacifismo que obtuvo en 1901 el premio Nobel de la Paz, fallecido en París el día 12 de los corrientes. (De fotografía de Central Photos.)

En 1857 publicó sus primeras obras, *Mélanges économiques*, *De la propriété intellectuelle*, *La démocratie et l'instruction*, *Instruction et Moralité*, *Histoire du travail*, etc.; y en 1867 comenzó su apostolado de la paz fundando la Liga internacional de la Paz, de la que fué secretario general. En 1877 entró en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, y en 1881 y en 1885 fué elegido diputado. En 1901, primer año en que se adjudicaron los premios Nobel, obtuvo, en unión del filántropo suizo Enrique Dunant, el de la Paz.

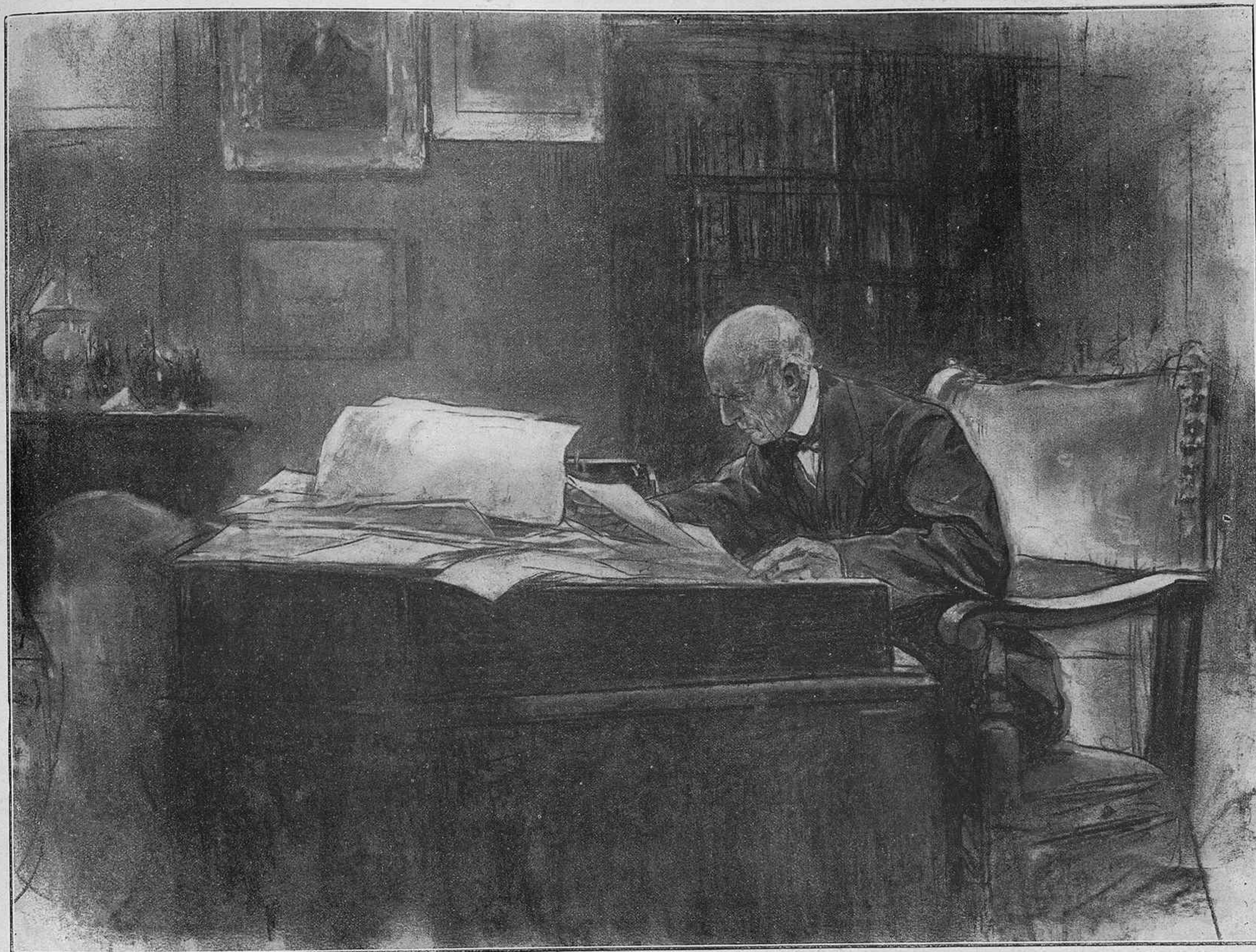
Entre los principales libros que publicó merecen especial mención, además de los antes citados, *La barbarie moderne*, *Histoire du mouvement de la paix* y *Les causes économiques des guerres*.



Barcelona - Los artistas polacos que recientemente han expuesto sus obras en la Galería Dalmau. De izquierda a derecha: L. Gottlieb, Nadelmán, W. Gordon, Mela Muttermilch, M. Muttermilch. (Fot. F. Serra.)

MATRIMONIO SECRETO

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)



El barón Francisco de Lorgerac abría aquella mañana su correspondencia en la gran biblioteca del palacio de Asprenont

—¿Y el acta matrimonial?
 —Había desaparecido.
 —¿Robada, arrancada?
 —Evidentemente, puesto que había existido y que la habían firmado el cura, los novios y los testigos.
 —¿Cuando yo le decía que en este asunto había una desgracia... y algo más! Ha habido una canallada, caballero; es evidente. Pondría las manos en el fuego de que aquella página del registro fué arrancada por alguien que quería mal al señorito Rolando, a la señorita Casteras o al padre de ésta, a uno de los tres indefectiblemente. ¿Al señorito Rolando? ¡Pobre señorito! ¡Qué podía importarle aquello al infeliz que dejó de existir! De modo que la mala voluntad había de ser contra el Sr. Casteras o contra uno y otra. Pues bien, añadió Cesáreo acercándose a Enrique para que no perdiese nada de su argumentación; realizado el golpe, el que de tal manera se vengó del padre o de la hija, no habrá seguramente sabido guardar el secreto. Esa clase de gente acaba siempre por charlar, por confiarse a un amigo que jura que no hablará de ello a nadie y a quien falta tiempo para contárselo a todo el mundo. Dígame a usted que el asunto se ha divulgado aunque no haya sido más que para torturar al viejo Casteras, que ignora lo que ha sido de su hija y a quien han contado punto por punto cómo sucedió todo... Sí, apostaré a que al presente lo sabe y se arranca los cabellos por no poder encontrar a la hija a quien arrojó de su casa... Me dirá usted que esto es una suposición mía; conformes. Pero digo y repito a usted que en Río

Frío, después de diez y siete años, se han soltado seguramente las lenguas y que hay allí muchas personas que saben lo que en aquel tiempo ignoraban. Además, me ha dicho usted que en Río Frío podría encontrarse a uno de los testigos de la boda... Pues bien, en virtud de todas estas circunstancias yo no vacilaría.
 —¿Partiría usted?
 —Sí, para enterarme de cerca. ¿Habla usted el castellano?
 —Desgraciadamente no.
 —Es lástima, porque para hablar con las gentes del país...
 Calló un momento como si en su cerebro se concretara una idea vaga al pronto, y añadió:
 —Después de todo, sería perder dos o tres meses que no se pasarían mal... ¿Quiere usted que vaya yo?
 —¿Usted?
 —¿Y por qué no?
 —Pero sus negocios..., su profesión...
 —Pediría tres meses de licencia y en este tiempo los del Tattersall verían la falta que les hago y a mi regreso serían ellos los que vendrían a solicitarme ofreciéndome aún mejores condiciones.
 —¿Sería usted capaz de hacer eso!
 —Por la esposa y por la hija de mi teniente, ¡ya lo creo que lo haría!... Y además, sea dicho sin ánimo de ofender a usted, creo que mejor que usted desempeñaría yo esta comisión. Conozco el país; he vivido allí dos años y de fijo que he dejado allí amigos o..., si usted quiere, bellas amigas que me ense-

ñaban a chapurrear su castellano... Sí, sabría hacer la jugada mejor que usted, porque conozco las cartas de que he de servirme... ¿Le parece a usted bien? En este caso, asunto concluido. Por otra parte así estiraré un poco las piernas. Hace demasiado tiempo que estoy clavado en el picadero de la calle de Pergolese y necesito moverme un poco. La ocasión que se me presenta es magnífica, y en cuanto al precio...
 —¿Qué podría costar esto?
 —Un poco caro, porque probablemente habrá que gastar allí bastante dinero.
 —¿Aproximadamente cuánto?
 —Me parece que con diez mil francos...
 —¿Cree usted que con esta cantidad?
 —Con diez mil francos me comprometo a dar la vuelta al mundo en vagón de primera.
 —¿Y..., para usted..., por sus... honorarios?, preguntó Enrique vacilando.
 —Para mí nada, respondió enérgicamente Cesáreo. Por un asunto de esta clase, jamás aceptaría dinero; son cosas que se hacen de balde ó no se hacen. Con los diez mil francos de usted, me daré buena vida, como es natural; pero si a mi regreso me quedan en la cartera mil francos, se los devolveré y si sólo me quedan cinco, le devolveré cinco.
 —Pues bien, Sr. Honorat, sin perder el tiempo en demostraciones de gratitud que son, sin embargo, las de un hombre que, suceda lo que suceda, queda a usted eternamente reconocido...
 —No, no perdamos el tiempo en esto.

— Pues bien, ya comprende usted que una resolución de esta índole es demasiado grave para que la adopte yo solamente con usted, sin haber consultado siquiera a las que más que nosotros dos están interesadas en el éxito de lo que vamos a emprender... Déjeme usted pensarlo algunos días.

— Lo que usted quiera.

— Al mismo tiempo habré tomado, si es menester, algunas disposiciones y vendré a comunicarle mi respuesta y a entregarle el dinero para el viaje.

— Corriente. En cuanto a mí, tres días me bastan para dejar mis asuntos en situación de que puedan esperarme dos o tres meses.

— ¿Está usted siempre en el picadero?

— De dos a cinco, con toda seguridad.

— Pronto tendrá usted noticias mías.

— Aquí las espero.

— ¿Está usted seguro de que bastarán diez mil francos?

— No quisiera embarcarme con menos; pero ellos son suficientes, suceda lo que suceda. De modo que si no los tiene usted y ha de buscarlos, es inútil que busque más... Pero, ¡qué necio soy! Diez mil francos para usted, Sr. de Lorgerac, son menos que para mí cincuenta.

Cesáreo podía creer sinceramente esto que decía; pero en realidad aquellos diez mil francos eran para Enrique una cantidad enorme, tanto más cuanto que no poseía ni el primer céntimo de ella.

Teóricamente, puesto que era mayor de edad, tenía a su disposición la parte que le correspondía de la fortuna de su madre; pero en realidad nunca su padre le había rendido cuentas de tutela, ni nunca se las había él pedido, contentándose con la pensión muy crecida que el barón le pasaba puntualmente todos los meses. Con la correspondiente a un año habría tenido Enrique una cantidad muy superior a la que necesitaba; pero de lo cobrado no había economizado un céntimo, sino que lo había ido gastando a medida que lo recibía, y de aquí que, en aquel momento, apenas si tenía en el bolsillo quinientos francos.

Estó era lo que también le preocupaba cuando salió de la calle de Pergolese y se dirigió, como de costumbre, pues era jueves, a Neuilly. Por nada del mundo habría faltado a su visita bisemanal, y aquel día, ¡tenía tantas cosas que contar a su hermana!

En efecto, los dos jóvenes tuvieron, bajo la sombra de los grandes árboles del patio de honor, una conversación interminable, en la que Genoveva se enteró a la par del amor de su hermano, del que ya sospechaba algo, y del verdadero nombre de su amada, de la que era su prima y heredera de Aspremont, cosa esta última que hubo de producirle naturalmente gran asombro.

Enrique, prosiguiendo su relato, que su hermana escuchaba como se escucha una historia dramática, emocionante, maravillosa, llegaba a sus hermosos proyectos y expresaba el placer infinito que experimentarían llevando a la desposada de su corazón al hogar paterno, a la casa que era suya; el orgullo que sentiría reparando totalmente el mal causado más por la crueldad del azar que por la dureza de los hombres; la felicidad que le proporcionaría el ir modificando poco a poco las ideas y los sentimientos de su padre, hacer de él el hombre justo que debía ser y más digno aún de su afecto y de su respeto después de la confesión leal de su falta involuntaria.

Y Genoveva aprobaba cuanto él decía y tomaba también su parte de aquel acto de reparación, de justicia y sobre todo de probidad. Y cuando Enrique le habló de la proposición de Cesáreo, exclamó:

— ¡Qué hombre tan bueno! Es muy hermoso lo que quiere hacer. ¿Habrás aceptado, verdad?

— Todavía no.

— ¿Por qué?

— Porque aun no sé dónde encontrar esos diez mil francos que me pide.

— ¿No los tienes?

— Ni los he tenido jamás.

— Dispón de la fortuna de mamá, ya que eres mayor de edad.

— Para disponer de ella necesitaría tenerla en mi poder y papá jamás me ha rendido cuentas. De modo que es como si nada tuviese.

— Sin embargo, si quisieras...

— ¿Qué podría hacer?

— ¡Qué sé yo! Pero me parece que se puede pedir prestado sobre una fortuna que se tiene aunque no pueda disponerse de ella.

— Sí, en realidad.

— ¿Y qué se hace para ello?

— Pues dirigirse a un banquero..., o mejor a un agente de negocios, porque los banqueros no suelen hacer esta clase de operaciones. Tampoco yo estoy

muy al corriente de esto, porque nunca he recurrido a estos medios...

— Y sin embargo es un recurso honrado, ya que estás seguro de poder devolver el dinero.

— ¡Ya lo creo!

— En este caso, yo no titubearía.

— ¿Pedirías prestados esos diez mil francos?

— En seguida.

— ¿Y se los confiarías a ese Honorat?

— En cuanto los tuviera.

— Pues voy a seguir tu consejo.

— ¿Sin demora?

— Así que encuentre un prestamista.

— No será difícil.

— Menos fácil de lo que te figuras.

— ¿Cómo? El prestamista no arriesgará nada porque tu posesión quizás cien veces esa cantidad.

— Sí, «quizás.» Pero ese «quizás» es precisamente lo que puede originar dificultades.

— ¿De verás?

— Lo temo, porque el prestamista habrá de fiarse de mi afirmación y de los informes que tome, ya que no puedo presentarle como prueba ningún documento... En fin todo será cuestión de pagar más interés.

— Interés... Ya sabemos lo que cobran los banqueros.

— Pero con los agentes de negocios no se sabe nunca.

Después de ver a su hermana Enrique se fué corriendo hacia la avenida de los Ternos. Tenía prisa por contar a su prima Manuela lo que había hecho y lo que pensaba hacer, y sobre todo por encontrar a su querida Rolanda y decirle: «Todo lo que he comenzado y que terminaré felizmente se debe principalmente a que la amo a usted.»

Se sentía dichoso pensando que iba a encontrarla, y tanto llenaba su corazón la imagen de la adorada joven que cuando llamó al piso de Manuela no se fijó para nada en dos caballeros que bajaban la escalera en aquel momento y que se volvieron para verle mejor. Si los hubiese seguido, habría oído como el más viejo decía al más joven.

— ¿Quién es ese sujeto?

— No le conozco.

— Es un guapo muchacho y de aire distinguido. Llama a una casa en donde nos dicen que no reciben más que a señoras y señoritas... ¡Hay que abrir el ojo y enterarse!

— ¿Cómo?

— Muy sencillamente, situándose en la otra acera y paseándose sin perder de vista el portal...

— Y a esperar que salga y no dejarle hasta que esté en su casa...

— Usted lo ha dicho.

— Pero la visita puede ser larga.

— Razón de más para querer saber quién es.

— ¡Vaya un fastidio estar así de centinela!

— Menos fastidio, replicó el otro con una mirada terrible, que pasarse diez años en un sitio que yo me sé y usted también, amigo mío.

Y el joven, sin chistar más, se puso a pasearse por la acera.

Al fin el visitante salió y los dos que le esperaban echaron a andar detrás de él. Al cabo de media hora de marcha ligera, pues Enrique andaba con el paso rápido que comunican la alegría, la esperanza, el amor afortunado, llegaron delante de un palacio del arrabal de San Germán, en donde aquél entró.

— ¡Rayos y truenos!, exclamó Delorme.

— ¿Qué le pasa a usted?, preguntó Ludovico.

— Que esta casa en donde entra como si fuera la suya es el palacio de Aspremont.

¿El palacio de Aspremont! ¿Qué relación, qué intriga existía, pues, entre la gente de aquella casa y las dos mujeres de la avenida de los Ternos? ¿Qué peligro desconocido era aquél, tanto más temible cuanto que nada había podido hacerle sospechar y cuya gravedad y consecuencias nada permitía prever?

Delorme, que al pronto había palidecido, ahora sólo pensaba en lo más urgente sin perder el tiempo en asombros ni exclamaciones.

— Hay que saber ante todo quién es ese joven. Espéreme usted aquí que voy a informarme.

— ¿Dónde?

— Donde se toman los informes, en la portería.

— Falta saber si el portero querrá hablar.

— Con la treta del pañuelo sabré más de lo que me hace falta.

Y se encaminó al kiosco en donde una portera vieja leía tranquilamente el diario.

— Señora, dijo abriendo la vidriera, acabo de encontrar este pañuelo que me parece que se ha caído del bolsillo al joven que ha entrado en este momento. Vea usted...

La portera dejó el periódico, desdobló el pañuelo

que Delorme le presentaba y mirando las iniciales, respondió:

— V. D. No señor, no pertenece al Sr. de Lorgerac, que se llama Enrique y cuyas iniciales son, por consiguiente, E. L.

— A no ser que ese señor lleve un pañuelo marcado con un nombre distinto del suyo. Los jóvenes llevan muchas veces pañuelos que no les pertenecen, añadió con la más bonachona sonrisa.

— Es posible, replicó la portera, riendo también. ¿Lo ha visto usted caer?

— Caer precisamente no, pero sí lo he visto bajo sus pies.

— Esta no es una razón para que sea suyo.

— Podría usted preguntárselo.

— No es necesario y además podría ponerle quizás en algún compromiso... El pañuelo no es suyo y por consiguiente puede usted guardárselo.

— Se lo entregaré al primer municipal que encuentre.

— Es lo mejor que puede usted hacer.

— Buenas tardes, señora.

— Buenas tardes, caballero.

Volvió la portera a la lectura de su diario y Delorme, después de haberse guardado el pañuelo, fué a reunirse con su compañero que le esperaba en el otro extremo del bulevar. Ludovico estaba también emocionado, inquieto por aquel peligro desconocido que ambos sentían cernerse sobre sus cabezas, porque se había lanzado a aquella aventura con todos sus apetitos de perezoso y de amigo de los placeres y ahora estaba hipnotizado por los millones que Delorme hacía incesantemente bailar ante sus ojos.

— ¿Y bien?, preguntó ansiosamente.

— Que es preciso abrir el ojo, amigo mío.

— ¿Quién es ese individuo?

— Se llama Enrique de Lorgerac y por fuerza debe ser hijo del otro...

— ¿De nuestro Lorgerac?

— Ese joven, dijo Delorme calculando rápidamente, tiene de veinte a veinticinco años.

— Más bien menos que más.

— Pues bien, la edad concuerda perfectamente. Cuando llegué a París en 1867 era un chiquillo de cinco a seis años... Sí, es él.

— ¿Conoce a las señoras Casteras?

— No me extrañaría que las conociese; su padre puede haber hablado de ellas. Pero visitarlas..., esto sí que no me lo explico.

— ¿Y qué irá a hacer en aquella casa?

— ¡Qué no daría yo por saberlo!

— Interrogando hábilmente a la señora Casteras, usted que está tan bien con ella...

— La verdad es que adelanto yo más con la madre que usted con la hija.

— Es que el papel de usted es mucho más fácil que el mío. Usted hace de hombre formal, con lo que inspira confianza a aquella señora, al paso que yo hago de amante tímido, cosa mucho más difícil; y sin embargo represento la comedia con toda conciencia.

— Como si no, porque la niña no se percata de ello.

— Es desesperante, pero es así. Quizás convendría apelar a medios más enérgicos.

— ¡Nada de tonterías! Y sobre todo, ninguna iniciativa de parte de usted... Cuando llegue el momento oportuno ya veremos... Acaso tengamos que forzar realmente la máquina, pero no por ahora, pues con ello no haría usted más que alarmar a la hija y atraerse la indignación de la madre, que diría: «Hasta aquí hemos llegado de enseñanza del castellano.» Y entonces ya podíamos despedirnos de las señoras Casteras y de los millones de Aspremont... Por lo demás, al presente no se trata de esto, sino de saber qué se propone Enrique de Lorgerac.

— Pregúnteselo usted a la mexicana; está usted en bastante buenas relaciones con ella para sacárselo indirectamente.

— Sería una necedad. Por ella nada sabremos, porque si existe alguna intriga entre ese bcquirrubio y esas mujeres, la mexicana se mostrará recelosa.

— Pero, ¿qué intriga puede existir?

— Todo puede sospecharse y temerse.

— No perseguiré el galán la fortuna de la chica.

— No, porque ya es bastante rico, si no él su padre; pero si estuviese enamorado...

— Lo que es muy posible.

— Y muy peligroso, aunque, si llega el caso, siempre estoy a tiempo de poner en medio de su camino al papá, a quien de fijo no agradaría la noticia de tales amores. Y si el muchacho va a menudo a la avenida de los Ternos, estoy seguro de que nada de ello ha dicho a su padre, de suerte que...

Victorino había recobrado toda su calma y toda su resolución

—De modo que sin tardanza, esta misma noche si es posible, hay que conocer todos los pormenores de la vida de ese joven, para lo cual tenemos de una parte a Madeleur y de otra a Francina, quienes en pocas horas pueden enterarse de la existencia que lleva, de los amigos que tiene, de los lugares que frecuenta...

—No me parece esto muy fácil.

—Se equivoca usted, amigo mío; el hijo del barón de Lorgerac no pasa inadvertido y se le encuentra por poco que se sepa buscarlo. Tres-Zarpas personalmente o por medio de sus compañeros me ha descubierto algunos que no tenían un padre considerado en la banca como un rey financiero.

—¿Y cuando sepamos todo eso?

—Cuando sepamos los sitios en donde se puede entrar en relaciones con él buscaremos su trato y mucho será que Francina, que no es tonta, o usted, que no carece de talento cuando quiere tenerlo, o yo que tampoco soy ningún bobo, no le hagamos cantar. Y la cosa urge, ¿lo oye usted? De modo que para que puede dedicarse por entero a este asunto, diremos a esas señoras que se va usted a pasar un par de días con su padre, en Saint-Raphael; esto les hará buen efecto, como expresión de su cariño filial, y dará a usted pretexto para no parecer por el taller.

—¿Y hay que comenzar en seguida?

—Inmediatamente debemos poner manos a la obra. Hay que averiguar si ese muchacho es un adversario, en el cual caso es preciso desembarazarnos de él y pronto.

—¡Ya lo dice usted! ¿Y por qué medio?

—Allá veremos, no se apure usted.

—Es que dice usted esas cosas de una manera alarmante.

—Quien quiere el fin, replicó Delorme encogiéndose de hombros, quiere los medios. Me he metido en la cabeza morir millonario; tanto peor para los que se interpongan entre yo y los millones... Y ahora vamos a ver a Madeleur.

XII.—¿UN GOLPE MAGISTRAL?

Había en aquel entonces un club fundado por algunos jóvenes apasionados de la esgrima en donde se jugaba demasiado poco para que pudiera estar instalado con gran lujo, pero que era un centro de distracción en donde se codeaban los artistas con los hombres de mundo, los muchachos se dedicaban al manejo de las armas y al boxeo y los viejos a la chismografía. Llamábase *Union Sportive*, mas a causa de sus iniciales *U. S.*, que son las mismas que las de la gran Confederación de la América del Norte, se le denominaba familiarmente *United States* o los Estados Unidos. Estaba instalado en la calle de Rívoli, en un local asaz modesto, pero en el cual podían pasarse agradablemente un par de horas sin embutecerse en una partida de *pócker* o de *ecarté* y en donde había siempre algún original o algún hombre de imaginación que entretenía la concurrencia.

Enrique de Lorgerac iba allí casi todas las noches. Como casi todos los jóvenes de su clase con quienes tenía relaciones de amistad veíase condenado a esa vida ociosa que llevan tantos hijos de familia cuyos padres se creen obligados a tenerlos apartados de las carreras administrativas, porque son enemigos del gobierno, y del ejercicio del comercio o de la industria, porque los consideran denigrantes. En realidad, hay allí fuerzas, actividades, inteligencias, hasta buenas voluntades; pero perdidas para los que podrían emplearlas bien y asimismo para el país, en donde lo que podría ser un elemento selecto representa tan sólo un grupo mediocre, sin arraigo, sin objetivo, sin valor alguno.

Enrique no se avenía con aquella ociosidad, con aquella inutilidad; habríale gustado dedicarse a la gran industria y en el liceo de Santa Bárbara había demostrado raras aptitudes para las matemáticas y las ciencias experimentales. Pero cuando había hablado a su padre de sus aficiones a estas cosas, no había obtenido de él más que esta respuesta desazonadora:

—Diviértete en esto ya que te gusta; monta en tu casa un gabinete de física, de química o de lo que más te guste; envía, como nuestro tío el conde, memorias al Instituto, pero no olvides que no debes ir más allá de esas distracciones. Un Lorgerac, hijo mío, no se ensucia las manos en una fábrica.

Y he aquí por qué Enrique, como todos los de su condición pasaba el tiempo en no hacer nada que valiese la pena y se resignaba a llevar una existencia que consideraba como la más absurda del mundo. Prefería sin embargo aquella ociosidad a la actividad de su padre, enfrascado siempre en aquellas gigantescas especulaciones que él nunca pudo y, sobre todo, nunca quiso comprender.

Aquella noche, como de costumbre, fué, después de comer, a la calle de Rívoli, cuyo salón de fumar estaba lleno de humo y por consiguiente de fumadores. Al cabo de un rato de hallarse allí, se lograba sin embargo ver claro al través de aquella niebla y distinguir a los que formaban los grupos, en los cuales el tono de la conversación iba subiendo por momentos.

Uno de los grupos estaba muy animado y en él eran acogidas con grandes risotadas las picarescas historias de taller que contaba un joven, artista sin duda. Y Enrique que nunca había visto en el club aquella cabeza elegante, que el amaneramiento de los largos cabellos y de la barba sedosa hacía aún más característica, preguntó a uno de sus amigos:

—¿Quién es ese tipo?

—Un pintor, de Queyrel.

—Pero no es socio.

—No, lo ha traído Pontarede, que está de franca-chela hace tres días. No sé de dónde se lo ha sacado pero parece que es un chico de buena familia; su padre es militar retirado y él pinta por afición, no por necesidad. Es un muchacho de muy buen humor. Óyele.

En efecto, los de la peña de Pontarede se divertían de lo lindo sin estarse un instante quietos en su sitio.

Poco después, la casualidad, pura casualidad de fijo, puso frente a frente a Enrique de Lorgerac y al pintor, y hechas las correspondientes presentaciones, los dos jóvenes entablaron conversación. Una conversación ligera en la que se pasaba con cualquier pretexto de un asunto a otro, de la locura más paradójica a la cosa más sencilla.

Enrique, sin embargo, no pensaba más que en cómo se proporcionaría los diez mil francos que Cesáreo necesitaba para emprender su viaje a México. Y precisamente a su lado se hablaba de dinero, lo que, entre gente joven, significa siempre necesidad de procurárselo. Tratábase de un usurero que acababa de apretar ferozmente el tornillo a un hijo de familia, de un árabe que no había querido prestar a menos del veinticinco por ciento por tres meses.

—Y no he tenido más remedio que pasar por ello, gemía la víctima de tan espantosa usura; era cuestión de una deuda pagadera a las veinticuatro horas.

—También yo, en este momento necesito dinero, pero no con estas condiciones.

—¡Oh!, tú lo encontrarás cuando quieras; eres rico y virtuoso... Al siete o al ocho por ciento, no tienes más que pedirlo y aun puedo presentarte a quien pueda prestártelo. ¿Necesitas mucho?

—Diez mil francos.

—¡Diantre!.. ¡Una friolera! ¿Y en dinero?

—Naturalmente.

—Te felicito; se conoce que tu padre tiene el riñón bien cubierto. Hablas de diez mil francos como yo de cincuenta luises. Pero es el caso que un prestamista no facilita cantidades tan fabulosas, de modo que retiro mi proposición.

—¿Y para qué necesitas esa enormidad, tú, un hombre tan virtuoso?, preguntó otro de los presentes.

Enrique, que no sospechaba que en aquel círculo de amigos sus palabras eran espiadas, contestó:

—Para hacer un viaje.

—¿Adónde, a Monte Carlo?

—Más lejos, a América.

—Hay un medio de hacer el viaje de balde, que te confíen una misión científica; pero para esto es preciso estar bien con el gobierno. ¿Conspira tu padre?

—¿Su padre? No tiene tiempo, atareado como está en ganarle dinero para cuando sea viejo.

—Mejor haría en dárselo mientras es joven.

Y la conversación de aquella juventud alegre saltó a otro tema, mientras Queyrel, que, siempre por casualidad, se había sentado al lado de Enrique, preguntaba a éste sin andarse en circunloquios.

—¿Pero es verdad que le complacería a usted encontrar diez mil francos?

—Me complacería en extremo, lo confieso.

—Pues yo conozco a un sujeto que algunas veces me ha sacado de apuros y que no lleva muy caro, ¡oh!, nada de eso del veinticinco por ciento de nuestro amigo.

Y Enrique, que demasiado sabía que no encontraría prestamista sin intermediarios más o menos equívocos; que veía a aquel joven elegante, ingenioso, bien educado, y que prefería para aquel servicio un extraño a un amigo, porque de este modo una vez concluido el asunto ya no se habla más de él, respondió:

—Caballero, si las condiciones de ese sujeto no son muy duras, aceptaré gustoso el ofrecimiento de usted.

—Pues voy a enterarme de si tiene la cantidad disponible y mañana escribiré a usted indicándole su nombre y sus señas.

—Se lo agradeceré infinito, dijo Enrique entregando su tarjeta a de Queyrel.

—Mañana tendrá usted noticias mías y de antemano estoy seguro de que serán excelentes.

—Un millón de gracias.

—«Un millón de gracias; quizás te apresuras a dárme las,» pensaba Ludovico mientras tomaba un coche y se hacía conducir a la calle de Moscú, a casa de Francina, que es en donde vivía desde que anunció a las señoras Casteras que partía para Saint-Raphael pues quería abrazar a su padre y pedirle un consejo.

Y aquella palabra «consejo» la había subrayado con una mirada elocuente a Rolanda, la cual, en su ensueño de esperanza y de amor ni siquiera se había percatado de aquella mímica silenciosa; sus ojos, como su corazón, estaban cerrados para todo lo que no fuese su querido, su noble Enrique. Y Manuela, a decir verdad, tampoco se había hecho cargo de las discretas manifestaciones de aquel joven, a quien encontraba muy amable, pero nada más. Si hubiese tenido que expresar su opinión sobre el padrino y el ahijado, habría confesado que el más simpático de los dos era para ella el vizconde de l'Orme. Aquel viejo militar, aquel exservidor de la monarquía pontificia, que tenía tan buenos principios y un modo tan generoso de tratar los asuntos de intereses, había llegado a inspirarle verdadera confianza. Sólo encontraba censurable en él la manera extraña de exagerar la expresión de estos sentimientos de honor y de delicadeza que todo hombre bien nacido tiene en el corazón pero de los cuales no hace gala, venga o no a cuento, como hacía el vizconde. A Manuela pareciale esto poco correcto, lo mismo que ciertos hábitos de lenguaje, ciertos modos de pensar y de conducirse. Había en todo ello matices, faltas de equilibrio que la sorprendían y le chocaban; pero atribuía esto a la vida que el vizconde había llevado tantos años lejos de Francia, en medio de una sociedad diferente de la de su patria por su idioma y sus costumbres, y se decía:

—Viviendo en el extranjero, se pierden hasta las cualidades características de la raza, esa delicadeza y ese tacto que son como el sello francés del ingenio y de la educación.

Por lo demás, Manuela daba a estos detalles escasa importancia, porque no veía en el Sr. de l'Orme más que un vecino atento y amable y sobre todo a un cliente que le daría a ganar bastante dinero y como el cual habría deseado tener muchos. Y para nada más se ocupaba del padrino ni del ahijado; así es que cuando Ludovico les había anunciado, acompañando la noticia de lánguidas miradas a Manuela y a Rolanda, que se ausentaba por algunos días, quizás por una semana, la joven había pensado: «Lo mismo me da;» y la madre se había dicho: «Son tres lecciones a diez francos las que voy a perder; treinta francos menos para el Pleyel.» Y las dos habían contestado cortésmente:

—Buen viaje y vuelva usted pronto.

—¡Ah! Crean ustedes que quisiera ya estar de vuelta.

Y con estas palabras, en el fondo sinceras, Ludovico se había despedido de aquellas señoras.

Aquella misma noche, él, Delorme, Madeleur y Francina iban a ponerse en campaña, una campaña en la que se trataba de la conquista de los millones de Aspremont y de los hermosos ojos de Rolanda.

Ludovico tenía prisa por llegar a un resultado, así es que, lo mismo que sus asociados, se puso a trabajar de firme. Por Francina habían sabido que Enrique frecuentaba los «Estados Unidos» y Madeleur había descubierto a Pontarede, un joven de buena familia, jaranero, despreocupado, dispuesto a juntarse con cualquiera con tal de divertirse y que también concurría, de cuando en cuando, al club. Poner en contacto a Pontarede con Ludovico fué cosa sencillísima, que se realizó en el Internacional Club; al cabo de unos instantes fuéronse a cenar juntos y a las pocas horas eran amigos para toda la vida. Pontarede, enteramente borracho, tuteaba a Ludovico y le invitaba a correr una *juerga* que duró tres días y terminó en los «Estados Unidos» aquella noche en que de Queyrel, presentado a Enrique, tuvo la idea luminosa de ofrecérsele para encontrarle quien le prestara la importante cantidad que debía necesitar para un viaje.

¡Para un viaje a México! A la patria de Manuela; al país en donde muriera el padre de Rolanda. He aquí aquel peligro misterioso, impalpable, que reaparecía y hasta tomaba, al parecer, una forma tangible.

(Se continuará.)

PARÍS

BANQUETE DE LA CÁMARA DE COMERCIO ARGENTINA

En obsequio de D. José M. Llobet, cónsul general de la República Argentina en Francia, que se embarca para su país a fin de tomar asiento en el Senado de la provincia de Buenos Aires, la Cámara de Comercio Argentina de París organizó un suntuoso banquete que se celebró el día 14 de los corrientes en el Grand Hotel, y al cual asistieron las principales personalidades de la colonia y gran número de financieros franceses que tienen con aquella nación importantes relaciones mercantiles.

Ocupó la presidencia el ministro de la República Argentina en Francia Sr. Rodríguez Larreta.

Al final, el presidente de la mencionada Cámara de Comercio brindó por el Sr. Llobet, recordando que

éste había sido el fundador de aquella entidad, a cuyo desarrollo había contribuido poderosamente con su competencia y su buena voluntad, y diciendo que la Cámara había considerado un deber ofrecerle aquella fiesta, como muestra de gratitud y de simpatía.

D. Pedro Cádiz, cónsul de la República Argentina en París, en nombre del cuerpo consular argentino de Francia, expresó el sentimiento que les causaba la resolución del Sr. Llobet de abandonar sus funciones.

El presidente de la Sociedad central de los bancos de provincia, señor Adam, usó también de la palabra para hacer el elogio del Sr. Llobet.

Cerró éste los brindis con un elocuente discurso. Comenzó expresando la profunda emoción que sentía ante aquel obsequio que se le tributaba y manifestó su agradecimiento al Consejo de Administración de la Cámara de Comercio que lo había organizado y al ministro de la República Argentina en Francia señor Rodríguez Larreta que se había dignado honrar con su presencia aquella fiesta. Afirmó que los resultados hasta el presente conseguidos son la más segura garantía de la acción fecunda que la Cámara de Comercio Argentina está llamada a ejercer sobre las relaciones comerciales, ya tan florecientes, de ambos países. Señaló los nuevos estímulos que cada día reciben estas relaciones, y ensalzó a los viajeros y a los escritores que con sus propagandas tanto han contribuido a fomentar las simpatías entre los dos pueblos. Hizo constar que los gobiernos de la Ar-

gentina se han impuesto siempre la misión de asegurar su expansión material y moral, dentro de un ideal de justicia y de libertad, orientación que todavía se ha acentuado desde que el Sr. Sáenz Peña se esfuerza por ser la garantía de todas las instituciones, de todos los derechos y de todos los intereses.

Pablo Chabás. Nació éste en Nantes, en 9 de marzo de 1869, ha sido discípulo de Bouguereau, de Alberto Maignán y de Tonny-Robert Fleury, y en el Salón de 1892 obtuvo una mención honorífica, en el de 1895 una medalla de tercera clase, en el de 1896 una medalla de segunda clase y en el de 1899

el premio del Salón o Premio Nacional. En la Exposición Universal de París, de 1900, y en la Exposición Internacional de Munich de 1905, sus obras fueron premiadas con medalla de oro.

El diario parisiense *Le Figaro*, a raíz de la concesión de la medalla de honor, ha publicado la siguiente semblanza de Pablo Chabás:

«El artista a quien el voto de los pintores ha concedido la medalla de honor del Salón de 1912, tiene apenas cuarenta y cuatro años y vino a París, desde Nantes, para trabajar en el taller de Alberto Maignán y de Tonny-Robert Fleury.

»Desde hace tiempo, en cada Salón, ante sus

envíos, los inteligentes no dudaban de que algún día Pablo Chabás obtendría aquella alta recompensa. A la *Mañana de Septiembre*, del Salón de 1912, tocábale hacerle salvar, y muy valientemente, la gloriosa etapa.

»Enamorado de la gracia juvenil y de la belleza de las formas jóvenes abiertas como flores vibrantes bajo los acariciadores juegos de la luz, Pablo Cha-

bás se ha complacido, en diferentes ocasiones, en mostrarnos retozos ingenuos de cuerpos desnudos en el espejo lleno de reflejos de un agua que lindas manos agitaban; y en este género pueden verse en varios Museos, entre ellos el Luxemburgo, páginas que sólo la juventud del autor nos impide calificar de páginas maestras.

»Pero hay otro capítulo en la obra del pintor que se nos presenta con igual seducción: es el capítulo de los retratos de mujeres, esos retratos que son como poemas de ternura y de hechizo. ¡Cuántas ha hecho de esas imágenes claras, en las cuales ha sabido aunar, sin hacer nunca traición a sus deliciosos modelos, las armonías del color con las armonías de las almas! ¡Cuántas sonrisas ha fijado que serán eternamente jóvenes, tanto ha de poseer el secreto de la sonrisa el pintor que quiere pintar juventud!

»No es, de ello estamos seguros, el elegante y delicado retrato de la señora de Aston Knight, expuesto este año, quien desmentirá esta reflexión, porque ha contribuido mucho ciertamente al éxito de este excelente pintor, que es al mismo tiempo un caballero cumplido.»



París.—Banquete dado por la Cámara de Comercio Argentina en honor del cónsul general de la República en Francia D. José M. Llobet. (De fotografía de M. Rol.)

Manifestó que había tenido ocasión de ver que Europa no sólo aprecia los progresos comerciales y económicos argentinos, sino que también son objeto de las observaciones de las eminencias europeas los actos de la vida política de aquella nación. Después de decir lo mucho que la Argentina debe a Francia, sembradora de ideas generosas, brindó por la prosperidad de la nación francesa.



El célebre pintor francés Pablo Chabás, a quien le ha sido otorgada este año la medalla de honor del Salón de la Sociedad de los Artistas Franceses. (Fot. de Harlingue.)

PABLO CHABÁS

Por 220 votos entre 359 votantes, la Sociedad de los Artistas Franceses ha adjudicado la medalla de honor de la sección de pintura al celebrado pintor

PARÍS. — MONUMENTO A LUIS RATISBONNE

«El principal título de Luis Ratisbonne al recuerdo de la posteridad, lo que mejor recomienda su memoria, es que escribió para los niños, unas veces con el seudónimo de *Trim* y otras con su propio nombre. *La Comedia infantil* tiene un mérito de primer orden: la naturalidad. El escritor que compone un libro no aparece en ninguna parte de aquél.

»Es un padre que quiere a sus hijos, que juega gustoso con ellos y que, en la libertad de la vida familiar, estudiando la diversidad de sus caracteres, aprovecha la ocasión de divertirlos con un cuento o de darles, con una frase, con una reflexión rápida, que fija su atención, una lección de cosas.»

Así se expresó el Sr. Mazieres, de la Academia Francesa, en el acto de inaugurar el monumento erigido en el Jardín del Luxemburgo a la memoria del poeta Luis Ratisbonne, y en aquellas palabras suyas está hecha la mejor semblanza moral que pueda hacerse del que con razón ha sido llamado «el poeta de la infancia.»

Luis Ratisbonne nació en Strasburgo en 29 de julio de 1827, y después de haber hecho brillantes estudios en el colegio Enrique IV, en donde ganó el premio de filosofía, en 1846 obtuvo la licenciatura de la facultad de Letras. Para obedecer a los deseos de su padre, preparábase a entrar como auditor en el Consejo de Estado, cuando ocurrió el golpe de Estado de 2 de diciembre; y no queriendo servir a un gobierno que comenzaba con un atentado constitucional, dedicóse a las letras.

Familiarizado con la lengua italiana, tradujo en verso la *Divina Comedia* del Dante; la traducción de la primera parte del poema, *El infierno*, le valió, en 1854, un premio Montyón de la Academia; las otras dos obtuvieron, en 1860, el gran premio de literatura.

Desde 1853 formó parte de la redacción del *Journal des Debats*, en el que publicó gran número de artículos de literatura, crítica, polémica e historia, escritos en estilo fácil, elegante y castizo; al mismo tiempo, dió a la estampa numerosas obras en prosa y en verso, algunas de las cua-

les, compuestas para los niños, han contribuído de un modo singular a su reputación. El primer libro de este género fué *Comédie enfantine*, que vió la luz en 1860; es una colección de fábulas y poesías morales que la Academia premió en 1864 y de la cual

tor lo escribió sin querer, casi inconscientemente, sin pensar en el público, lo que precisamente le aseguró en el público el éxito inmenso que ha tenido.

Las fábulas y las poesías contenidas en *Comédie enfantine* son de un género enteramente nuevo, narraciones o diálogos cortos en los que el poeta ha puesto en escena las costumbres y ha reproducido el lenguaje de los niños, sin más modelo que los niños mismos, que la naturaleza sorprendida in fraganti.

No menos éxito que *Comédie enfantine* tuvieron los numerosos *Albums*, con texto en verso, que publicó con el seudónimo de *Trim*.

Ratisbonne supo, como pocos, sorprender en su germen las impresiones variadas y fugaces de la infancia, las pequeñas pasiones, las pequeñas emociones, innatas unas, imitadas otras, cuyo desenvolvimiento ha de formar, andando el tiempo, el carácter; y supo también traducirlas con tanta sagacidad como sencillez y delicadeza. «El autor, ha dicho un reputado crítico, es un observador malicioso, profundo, enamorado de esas cabecitas rubias y delicadas, tan atolondradas, tan ligeras, tan sonrientes de porvenir. No teme ningún descubrimiento, al contrario, los busca; pero no para morigerar duramente a los pequeños culpables ni para maldecir a la naturaleza y sus malas inspiraciones, sino para volver suavemente a la buena senda a los descarriados y conducirlos al bien, haciendo que se rían de sus propias extravagancias. Moralista indulgente e ingenioso, de sus obras se desprende una filosofía dulce, sana, llena de confianza.»

Lo que domina en las composiciones, muchas de ellas exquisitas, de Ratisbonne, es la nota sonriente y alegre; pero a veces pinta también los dolores de los niños y en algunas hay notas de hondísimo sentimiento.

Ratisbonne fué nombrado, en 1871, bibliotecario de Fontainebleau y en 1875 bibliotecario del Senado, cargo que desempeñó hasta su muerte, acaecida en 1900.

Además de las obras citadas, publicó *Impressions littéraires*, *Au printemps de la vie*, *Figures jeunes*, *Petits hommes*, *Petites femmes* y otras.—T.



París.—Monumento al poeta Luis Ratisbonne, obra de Soldi, concluída por Ceribelli, recientemente inaugurado en el Jardín del Luxemburgo. (De fotografía de F. Hutin.)

se han hecho muchas ediciones. De él se ha dicho con razón que es un libro familiar, en el que no se notan la afectación ni el rebuscamiento, y cuyo au-



CITRATO EFERVESCENTE
“KING”
LA PRIMERA MAGNESIA DEL MUNDO
SU VENTA EN ESPAÑA PASA DE 300000 FRASCOS ANUALES
ESTE ES EL MEJOR ARGUMENTO

Agente exclusivo: EDUARDO SOLA · Trafalgar 13 · Barcelona

VINO y JARABE
DE
DUSART
al Lactofosfato de Cal



EL JARABE DE DUSART se prescribe a las nodrizas durante la lactancia, a los niños para fortalecerlos y desarrollarlos, así como **EL VINO DE DUSART** se receta en la Anémia, colores pálidos de las jóvenes, y a las madres durante el embarazo.

PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.

CANTARES POPULARES Y LITERARIOS

RECOPIADOS POR D. MELCHOR DE PALAU

Un tomo de 374 págs., 5 pesetas para los subscriptores a esta ILUSTRACIÓN

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

PARÍS.—INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO AL POETA CAMOENS



El monumento á Camoens, inaugurado el día 13 de los corrientes. (Fot. Central-Photo.)

en París. Su busto, coronado de laurel, álzase a la entrada de la avenida de su nombre y domina la suave pendiente que desde el Trocadero desciende hasta el Sena.

A la ceremonia de la inauguración concurren representantes de las naciones de origen latino y de los países del extremo Oriente, en donde Camoens escribió una gran parte de su obra principal, y fué presidida por el Sr. Chagas, ministro de Portugal en París, quien tenía a su lado al embajador de España en Francia Sr. Pérez Caballero, al Sr. Marinelly, representante del ministro del Brasil, y el inspirado poeta francés Juan Richepín. Al acto asistió también numeroso y escogido público, en el que predominaban las señoras.

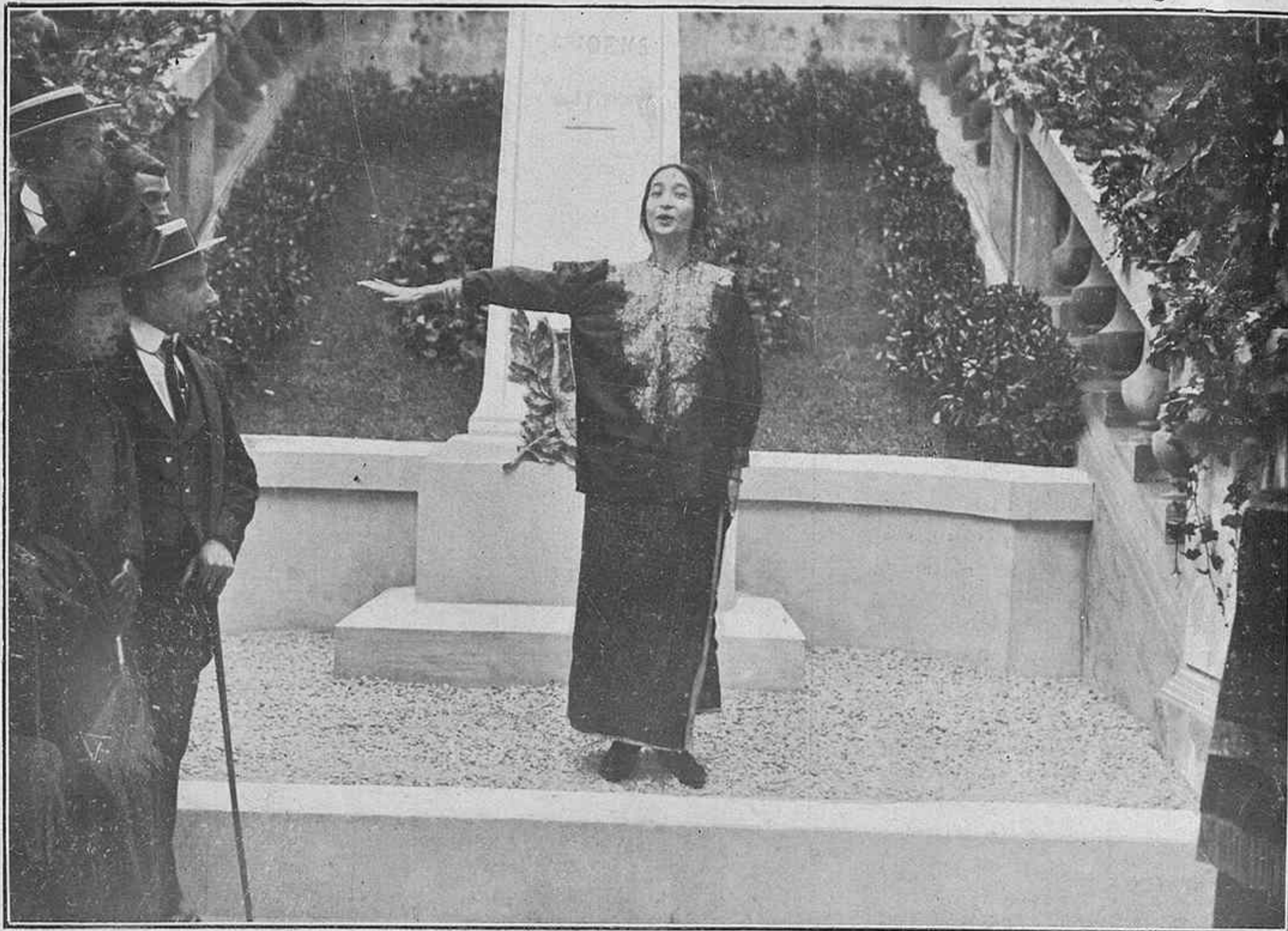
Habló primero Richepín, de la Academia Francesa, para glorificar a Camoens, que, aun en la más extremada miseria, nunca pensó en sí mismo, sino en su patria, y cuyas obras son honra de la literatura del mundo entero.

El Sr. Oliveira Lima, ministro del Brasil en Bruselas, dió, en nombre de la Academia Brasileña, las gracias a

Después de leída una carta de Teófilo Braga, expresidente interino de la República portuguesa, usó de la palabra el señor Brulat, en nombre de la «Société des Gens de Lettres,» quien recordó la frase de uno de los historiadores del gran poeta: «Camoens sigue siendo la piedra monumental bajo la cual duerme una gran raza.» «La epopeya, dijo, fué el reflejo de su existencia tormentosa y trágica que aumenta su gloria, como la desgracia inmerecida aumenta la grandeza. Poeta, héroe, aventurero, azotado por las tempestades, por el destierro, por la miseria y por la injusticia de los hombres, había vivido todo lo que cantó.»

Los Sres. Formont, Bocquet, Le Senne, Bois y Dumás, profesor de la Sorbona, pronunciaron discursos alusivos, y la señora Caristia Martel y la señorita Celia Vellini leyeron poesías de Aquiles Millien y Phileas Lebegue.

Terminó el acto con la lectura de un poema de Renato Ghil inspirado en el recuerdo de la esclava javanesa que salvó la vida a Camoens y le asistió en los últimos años de su miseria. Esta composición fué recitada por la linda señorita javanesa



Inauguración del monumento.—La señorita javanesa Wilma Knap recitando un poema de Renato Ghil. (De fotografía de M. Branger.)

El inmortal autor del grandioso poema *Los Luistadas*, el poeta portugués Luis de Camoens, tiene ya su monumento

París, en donde tienen adquirido derecho de ciudadanía todas las literaturas extranjeras.

Wilma Knaap, cuyo nombre javanés es Si Sarin'ten, hija de un literato muy estimado en Holanda y en Java.



Máquina de escribir

UNDERWOOD

10 Grandes Premios * 500.000 Referencias

GUILLERMO TRÚNIGER & C.º * BALMES, 7 * BARCELONA

AVISO Á LAS SENORAS

EL APIOL DE LOS JORET-HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F. G. SEGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Reino de Sajonia.
Technikum Mittweida.

Director: Profesor A. Holzt.

Escuela superior técnica p. la enseñanza de electrotécnica y construcción de máquinas. Secciones espec. p. ingenieros y técnicos. Laboratorios electrotécnicos y mecánicos. Talleres para la instrucción práctica. Mayor frecuencia anual 3610 estudiantes. Programa etc. gratis de la secretaría.

HISTORIA UNIVERSAL

ESCRITA PARCIALMENTE POR VEINTIDÓS PROFESORES ALEMANES

Consta de 16 tomos con grabados intercalados y numerosa colección de láminas cromolitografiadas, mapas, planos, facsimiles, etc. Se vende á 320 pesetas el ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales.

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**

El más activo y económico, el único inalterable.—Exíjase el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.

Data de 1843

PUREZA DEL CUTIS París

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDÈS B. St-Denis, 16

NUEVA REIMPRESION

FABULAS DE ESOP

traducidas directamente del griego y de las versiones latinas de FEDRO, AVIANO, AULO CELIO, etc., precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados autores por EDUARDO DE MIER. — Lujosa edición en un tomo, profusamente ilustrado con grabados intercalados, láminas aparte y encuadernado en tela. — Su precio: 18 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN